



PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN
DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS



Subsidio Litúrgico - Pastoral 2021

"Mantengan firme la palabra de la vida"

(Cfr. Flp 2, 16)

Un agradecimiento especial a:

Dra. Elisabetta Casadei

Pontificia Universidad Gregoriana

Dr. Guillermo Acero Alvarín

Rector del Colegio de San Juan Eudes, Roma

Introducción

Mantengan firme la palabra de la vida (Flp 2,16)

La expresión bíblica con la que se celebra este año el *Domingo de la Palabra de Dios* está tomada de la Carta a los Filipenses: “Mantengan firme la Palabra de la Vida” (*Flp 2,16*). Como se deduce de algunas referencias, el Apóstol escribe la carta desde el cautiverio. Ciertamente representa uno de los textos más importantes que la Iglesia tiene entre sus manos. El pasaje cristológico con el que Pablo destaca la *kénosis* cumplida por el Hijo de Dios al hacerse hombre permanece a lo largo de nuestra historia como un punto de referencia sin retorno para comprender el misterio de la Encarnación. La liturgia nunca ha dejado de rezar con este texto. La teología lo ha convertido en uno de los principales contenidos para la inteligencia de la fe. El testimonio cristiano ha encontrado en estas palabras el fundamento para construir el servicio pleno de la caridad. Si bien la carta expresa los contenidos esenciales de la predicación del apóstol, también muestra cuán necesario es que la comunidad cristiana crezca en el conocimiento del Evangelio.

Con nuestro versículo, el apóstol pretende ofrecer una enseñanza importante a la comunidad cristiana para mostrarle la manera en que está llamada a vivir en medio del mundo. Recuerda en primer lugar la importancia que los cristianos deben dar a su compromiso de salvación, precisamente en virtud del acontecimiento realizado por el Hijo de Dios al hacerse hombre y ofrecerse a la violencia de la muerte en la cruz: “trabajad por vuestra salvación con temor y temblor” (*Flp 2,12*). Ningún cristiano puede pensar en vivir en el mundo prescindiendo de este acontecimiento de amor que ha transformado su vida y la historia entera. Por supuesto, Pablo no olvida que, por mucho esfuerzo que los cristianos pongan para lograr la salvación, la primacía de la acción de Dios siempre permanece: “Es Dios quien activa en vosotros el querer y el obrar para realizar su designio de amor” (*Flp 2,13*). La combinación de estos dos elementos permite comprender las palabras desafiantes que el Apóstol dedica ahora a los cristianos de Filipos, teniendo ante sus ojos a los creyentes que a lo largo de los siglos serán discípulos del Señor.

El primer compromiso que los creyentes deben asumir es la coherencia de vida. La llamada a ser “irreprochables” y “sencillos” en medio de un mundo donde a menudo predominan la falsedad y la astucia, remite a la palabra de Jesús cuando invitaba a sus discípulos: “Mirad que yo os envío como ovejas entre lobos; por eso, sed sagaces como serpientes y sencillos como palomas” (*Mt 10,16*). Para que esto suceda, Pablo señala el camino a seguir: los cristianos deben permanecer fieles y unidos a la palabra de Dios. “Manteniendo firme la palabra de la vida” los discípulos de Cristo “brillan como lumbreras del mundo”. Es una bella imagen que el Apóstol ofrece hoy también a todos nosotros. Estamos viviendo un momento dramático. La humanidad pensaba que había alcanzado las certezas más sólidas de la ciencia y las soluciones de una economía para garantizar la seguridad de la vida. Hoy se ve obligada a comprobar que ninguno de los dos garantiza su futuro. Emergen con fuerza la desorientación y la desconfianza debido a la incertidumbre que ha surgido inesperadamente. Los discípulos de Cristo tienen la responsabilidad también en esta coyuntura de pronunciar una palabra de esperanza. Lo pueden lograr en la medida en que permanezcan

firmemente anclados a la palabra de Dios, que genera vida y se presenta llena de sentido para la existencia personal.

Tal vez la interpretación más autorizada de este versículo sea la de Victorino. El gran retórico romano cuya conversión describe Agustín en sus *Confesiones*, escribió en su *Comentario a los Filipenses*: “Yo me glorío en vosotros porque poseéis la palabra de vida, es decir, porque conocéis a Cristo, que es la Palabra de vida, porque lo que se hace en Cristo es vida. Por lo tanto, Cristo es la Palabra de vida, de esto percibimos cuán grande es el beneficio y la gloria de aquellos que sostienen las almas de los demás”. En el *Domingo de la Palabra de Dios*, redescubrir la responsabilidad de trabajar para que esta Palabra crezca en el corazón de los creyentes y los llene de alegría para la evangelización, es un deseo que se convierte en oración.

✠ Rino Fisichella

1. La Palabra de Dios en Comunidad

 La Sagrada Escritura enseña a confiar siempre en Dios a pesar de los problemas y adversidades que se puedan encontrar (Cfr. *Is* 26,1-6).

 Es oportuno que la comunidad cristiana se reúna para venerar y proclamar la Palabra de Dios, así como para meditar y orar con la misma Palabra.

1.1. Algunas consideraciones prácticas sobre el Covid-19

En vista de la actual situación de pandemia, se recomienda a los organizadores del *Domingo de la Palabra de Dios* controlar siempre la normativa sanitaria vigente y adaptar en consecuencia el desarrollo comunitario de la iniciativa.

Para vivir de forma fructífera el *Domingo de la Palabra de Dios* en comunidad, es esencial prepararlo con mucha antelación. Es bueno que los preparativos se extiendan desde el nivel espiritual (la oración personal y comunitaria por el buen funcionamiento y la apertura de corazón a la Palabra de Dios) al nivel material (adecuada planificación, correspondiente a la vida de la propia comunidad).

1. Crear un grupo responsable

El primer paso es establecer un grupo de personas que puedan organizar y coordinar el desarrollo de las iniciativas pastorales para este *Domingo*. La tarea de este grupo de personas será:

- Rezar por el buen funcionamiento;
- programar las diversas iniciativas (presentar propuestas para diferentes grupos de edad, realizar un momento de carácter cultural, histórico y bíblico);
- elegir otras personas adecuadas para la ejecución práctica del programa;
- presupuestar eventuales gastos;
- preparar el material necesario;
- difundir la información sobre este *Domingo*;
- llegar a las personas con dificultades (enfermos, residencias de ancianos, hospitales, cárceles, asociaciones benéficas...);
- involucrar, en la medida de lo posible, a personas de otras religiones y confesiones cristianas, así como a no creyentes.

2. Prepararse espiritualmente

Es útil recordar, en primer lugar, que la Biblia no es sólo un texto de alto valor cultural, moral, histórico, social o artístico, capaz de inspirar el pensamiento del hombre de hoy. La Biblia contiene dentro de sí la Palabra de Dios que es “viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo; penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del corazón” (*Heb 4,12*).

Para encontrarse con la Palabra viva es necesario concentrarse sobre todo en la preparación espiritual, pidiendo la apertura de corazón para nosotros y para aquellos a quienes se anunciará durante el *Domingo de la Palabra de Dios*. Por consiguiente, los preparativos para la programación de la iniciativa requieren necesariamente que se parta de la oración individual y comunitaria.

Las comunidades, al menos una semana antes del evento, podrían incluir en la oración de los fieles una intención dedicada al buen funcionamiento del evento.

Los miembros del grupo responsable, así como los catequistas, evangelizadores y otras personas responsables de la proclamación del Evangelio, podrían organizar una Adoración silenciosa del Santísimo Sacramento, ofrecida por la celebración del *Domingo de la Palabra de Dios*.

3. *Programar el evento*

La propuesta para llevar a cabo la iniciativa debe dirigirse tanto a las comunidades como a las personas individuales, recordando siempre que la Biblia es la Palabra de Dios viva y que su indudable valor cultural tiene múltiples connotaciones.

4. *Involucrar a los fieles*

La información sobre el evento requiere de una gran anticipación para llegar al mayor número de personas posible.

Sin duda, la invitación personal es la forma más directa de informar a la gente sobre la iniciativa.

Se pueden utilizar también carteles y folletos, que pueden distribuirse fácilmente a las personas y colocarse en los tabloneros de anuncios.

Las *redes sociales* como *facebook*, *twitter* y otros programas o aplicaciones se pueden valorar para llegar al mayor número de personas posible.

5. *Vivir el Domingo de la Palabra de Dios*

Es importante fomentar el encuentro personal y comunitario con la Palabra viva.

Estamos llamados a convertirnos en instrumentos en las manos del Señor y recordar que, “como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo, y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será la palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo” (*Is 55,10-11*).

6. *Continuar la experiencia de la Palabra de Dios*

Termina el *Domingo*, pero la Palabra de Dios no deja de obrar en nuestros corazones. Sería oportuno crear espacios formativos (por ejemplo: la *Lectio divina* semanal o mensual, grupo bíblico, etc.) donde se pueda continuar el encuentro con la Palabra de Dios, ofreciendo una posibilidad para la formación permanente de los fieles.

A continuación, se presentan algunas propuestas pastorales que pueden ayudar a subrayar la importancia del *Domingo de la Palabra de Dios* en comunidad. Dependiendo del contexto de cada comunidad, se pueden desarrollar otras como: Institución de los lectores por parte del Obispo, *Lectio* continua de un texto, entrega de la Palabra en diferentes ámbitos, momentos culturales de profundización, audio-dramas sobre personajes bíblicos, momentos formativos, celebración ecuménica.

1.2. Rito de Entronización de la Palabra de Dios durante la Santa Misa

Es deseable que el rito de la entronización tenga lugar, al menos una vez, durante la celebración eucarística más solemne del *Domingo de la Palabra de Dios*.

Junto al altar, o el ambón, o en otro lugar especialmente dispuesto (una capilla), preparar un lugar visible para toda la asamblea, elevado y decorado, donde se pueda colocar el texto sagrado.

La Santa Misa comienza *more solito* – se debe favorecer, según las posibilidades, la procesión solemne con el incensario, la naveta, la cruz y las velas, llevando el Evangelionario según las costumbres de la Iglesia romana.

Tras el saludo inicial se introduce con estas u otras palabras similares:

“Se ha cumplido el tiempo” – dice el Señor en el Evangelio. ¡No esperes otro momento, no pospongas al futuro la posibilidad de encontrarte con Dios en su Palabra! “Convertíos y creed en el Evangelio” significa: cambia de vida y acoge la Buena Noticia, la Palabra que Dios Padre nos ha enviado. Sólo así podrás conocer el amor de Dios, que en su Hijo Encarnado nos ha revelado el verdadero rostro del Padre misericordioso.

Hoy se celebra en toda la Iglesia el *Domingo de la Palabra de Dios*. Queremos abrir nuestros corazones a la presencia divina en las Sagradas Escrituras y redescubrir el sentido de nuestro tiempo.

Para que podamos acoger dignamente la Palabra durante esta celebración, pidamos primero perdón al Señor.

Sigue el acto penitencial, que podría ser el siguiente:

C. El Señor Jesús, que nos invita a la mesa de la Palabra y de la Eucaristía, nos llama ahora a la conversión. Reconozcamos, pues, que somos pecadores e invoquemos con esperanza la misericordia de Dios.

C. Tú que eres el camino que conduce al Padre: Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

C. Tú que sustentas todas las cosas con el poder de tu Palabra: Cristo, ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

C. Tú que haces pasar de la muerte a la vida a los que escuchan tu Palabra: Señor ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

C. Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amen

Se canta el *Gloria* y luego comienza la Liturgia de la Palabra *more solito*.

ENTRONIZACIÓN

Para la proclamación del Evangelio, se lleva procesionalmente el Evangelionario desde el altar hasta el ambón, donde es incensado. Al final de la lectura del Evangelio, el ministro, después de haber besado el texto sagrado, lo lleva procesionalmente al trono, donde viene colocado, abierto e incensado.

Sigue la homilía y la Santa Misa *more solito*.

Se podría utilizar la siguiente oración de los fieles, modificándola según las necesidades de la comunidad:

ORACIÓN DE LOS FIELES

C. Hermanos y hermanas, hemos escuchado la voz del Señor, que nos llama por nuestro nombre y nos pide que abramos nuestros corazones al Evangelio. Presentemos a Dios Padre nuestras intenciones, para acoger en nosotros su Palabra.

L. Oremos juntos y digamos: ¡Abre, oh Padre, nuestros corazones!

1. Para que la Iglesia no se canse nunca de anunciar el Evangelio y llevar la Buena Noticia especialmente a las periferias de la existencia humana. Roguemos al Señor.
2. Para que el Espíritu Santo acompañe a los Obispos, Presbíteros y Diáconos en su vocación, transformando sus vidas en un don agradable a Dios. Roguemos al Señor.
3. Para que los Lectores, los Catequistas y los que difunden la Palabra de Dios en las diversas comunidades se sientan llamados por ti a proclamar tu Reino entre la gente. Roguemos al Señor.
4. Para que cada uno de nosotros acepte tu invitación a la conversión y, siguiendo su propia vocación, viva con alegría el Evangelio. Roguemos al Señor.

C. Te abrimos nuestros corazones, oh Padre, para que vengas a habitar entre nosotros, tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Al final de la celebración se puede impartir la siguiente bendición:

C. Dios Todopoderoso aleje de vosotros todo mal y os conceda el don de su bendición.

R. Amén.

C. Abra vuestros corazones a su Palabra, para que podáis caminar por la vía de sus preceptos.

R. Amén.

C. Os ayude a comprender lo que es bueno y justo, para llegar a ser coherederos de la ciudad eterna.

R. Amén.

C. Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y permanezca siempre.

R. Amén.

1.3. Vísperas del Domingo de la Palabra de Dios

El *Domingo de la Palabra de Dios*, que se celebra en el contexto de la *Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos*, ofrece la oportunidad de unirse en oración a todos aquellos que comparten la Sagrada Escritura como patrimonio común. Los Salmos de la Biblia nos ofrecen las palabras con que podemos dirigirnos a Dios en una conversación de amor para presentarle nuestra vida y dejar que Él la transforme. El Papa Benedicto XVI afirmaba que: “En los Salmos, en efecto, encontramos toda la articulada gama de sentimientos que el hombre experimenta en su propia existencia y que son presentados con sabiduría ante Dios; aquí se encuentran expresiones de gozo y dolor, angustia y esperanza, temor y ansiedad” (*Verbum Domini*, 24).

Esta oración es una invitación a mantener “firme la palabra de la vida” a través de los Salmos, de manera que toda la actividad humana tenga su punto de referencia en la “alabanza ofrecida a Dios” (*Verbum Domini*, 62).

INVOCACIÓN INICIAL

V. Dios mío, ven en mi auxilio.

R. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén. Aleluya.

HIMNO

¡Luz que te entregas!,
¡luz que te niegas!,
a tu busca va el pueblo de noche:
alumbra su senda.

Dios de la luz, presencia ardiente
sin meridiano ni frontera:
vuelves la noche mediodía,
ciegas al sol con tu derecha.

Como columna de la aurora,
iba en la noche tu grandeza;
te vio el desierto, y destellaron
luz de tu gloria las arenas.

Cerró la noche sobre Egipto
como cilicio de tinieblas;

para tu pueblo amanecías
bajo los techos de las tiendas.

Eres la Luz, pero en tu rayo
lanzas el día o la tiniebla:
ciegas los ojos del soberbio,
curas al pobre su ceguera.

Cristo Jesús, tú que trajiste
fuego a la entraña de la tierra,
guarda encendida nuestra lámpara
hasta la aurora de tu vuelta. Amén.

1. Antífona

Lámpara es tu palabra para mis pasos, Señor. Aleluya.

SALMO 119 (118) Himno a la ley divina

Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros (Jn 15,12).

Lámpara es tu palabra para mis pasos;
luz en mi sendero;
lo juro y lo cumpliré:
guardaré tus justos mandamientos;
¡estoy tan afligido!
Señor, dame vida según tu promesa.

Acepta, Señor, los votos que pronuncio,
enséñame tus mandatos;
mi vida está siempre en peligro,
pero no olvido tu voluntad;
los malvados me tendieron un lazo,
pero no me desvié de tus decretos.

Tus preceptos son mi herencia perpetua,
la alegría de mi corazón;
inclino mi corazón a cumplir tus leyes,
siempre y cabalmente.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

1. Antífona

Lámpara es tu palabra para mis pasos, Señor. Aleluya.

2. Antífona

Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados.

SALMO 112 (111) Felicidad del justo

Caminad como hijos de la luz: toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz (Ef 5,8-9).

Dichoso quien teme al Señor
y ama de corazón sus mandatos.
Su linaje será poderoso en la tierra,
la descendencia del justo será bendita.

En su casa habrá riquezas y abundancia,
su caridad es constante, sin falta.
En las tinieblas brilla como una luz
el que es justo, clemente y compasivo.

Dichoso el que se apiada y presta,
y administra rectamente sus asuntos.
El justo jamás vacilará,
su recuerdo será perpetuo.

No temerá las malas noticias,
su corazón está firme en el Señor.
Su corazón está seguro, sin temor;
hasta que vea derrotados a sus enemigos.

Reparte limosna a los pobres;
su caridad es constante, sin falta,
y alzará la frente con dignidad.

El malvado, al verlo, se irritará,
rechinará los dientes hasta consumirse.
La ambición del malvado fracasará.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

2. Antífona

Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados.

3. Antífona

Al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo y en la tierra. Aleluya.

CÁNTICO *Flp 2,6-11* Cristo, siervo de Dios, en su misterio pascual

Cristo, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango,
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,
y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo
y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»;
de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble
en el cielo, en la tierra, en el abismo,
y toda lengua proclame:
Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

3. Antífona

Al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo y en la tierra. Aleluya.

LECTURA BREVE *Sant 1,16-25*

No os engañéis, mis queridos hermanos. Todo buen regalo y todo don perfecto viene de arriba, procede del Padre de las luces, en el cual no hay ni alteración ni sombra de mutación. Por propia iniciativa nos engendró con la palabra de la verdad, para que seamos como una primicia de sus criaturas. Tened esto presente, mis queridos hermanos: que toda persona sea pronta para escuchar, lenta para hablar y lenta a la ira, pues la ira del hombre no produce la justicia que Dios quiere. Por eso, desechad toda inmundicia y la carga de mal que os sobra y acoged con docilidad esa palabra, que ha sido injertada en vosotros y es capaz de salvar vuestras vidas. Poned en práctica la palabra y no os contentéis con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque quien oye la palabra y no la pone en práctica, ese se parece al hombre que se miraba la cara en un espejo y, apenas se miraba, daba media vuelta y se olvidaba de cómo era. Pero el que se concentra en una ley perfecta, la de la

libertad, y permanece en ella, no como oyente olvidadizo, sino poniéndola en práctica, ese será dichoso al practicarla

RESPONSORIO BREVE

R. Él nos ha engendrado con una palabra de verdad.
Él nos ha engendrado con una palabra de verdad.

V. Puede salvar nuestras almas,
con una palabra de verdad.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Él nos ha engendrado con una palabra de verdad.

Antífona al Magnificat

Venid en pos de mí, dice el Señor, y os haré pescadores de hombres.

CÁNTICO EVANGÉLICO (Lc 1,46-55)

Alegría del alma en el Señor

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
—como lo había prometido a nuestros padres—
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,

por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona al Magnificat

Venid en pos de mí, dice el Señor, y os haré pescadores de hombres.

PRECES O INTERCESIONES

V. Dios ha creado y redimido el mundo y siempre lo renueva con la acción de su Espíritu. Unidos en fraternal alegría invoquemos su misericordia paternal.

R. *Renueva, oh Dios, las maravillas de tu amor.*

Por obra del Espíritu Santo y con el asentimiento de la Virgen María has hecho habitar entre nosotros tu Verbo eterno,

– prepáranos para recibir a Cristo como la Virgen María lo recibió.

En nombre de tu Hijo, vencedor de la muerte y príncipe de la paz,

– líbranos de la duda y la angustia, para que te sirvamos siempre con alegría y amor.

Ayuda a todos los que aman la justicia,

– a cooperar lealmente para edificar un mundo en paz.

Ayuda a los oprimidos, consuela a los pobres, libera a los prisioneros, sustenta a los hambrientos, fortalece a los débiles,

– haz brillar, en todos, la victoria de la cruz.

Tú, que has glorificado a tu Hijo después de la humillación de la muerte y del sepulcro,

– haz que los difuntos lleguen con él al esplendor de la vida eterna.

Se pueden añadir algunas intenciones libres.

PADRE NUESTRO

Concluamos nuestra oración reconociendo que somos hijos del mismo Padre y diciendo juntos:

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

ORACIÓN

Dios todopoderoso y eterno, ayúdanos a llevar una vida según tu voluntad, para que podamos dar en abundancia frutos de buenas obras en nombre de tu Hijo predilecto. Que vive y reina contigo.

V. El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén.

1.4. Lectio Divina sobre Flp 2,12-18

1. Preparación a la escucha (statio)

Prepararse para la escucha es hacer la *transición del oír al escuchar*. Es fácil oír las palabras de la Escritura; menos fácil es escuchar la Palabra que vibra en sus páginas. Las palabras pueden irrumpir y romper silencios; la Palabra, en cambio, pide “*permiso*”. Es discreta, como quien nos ama, y sólo Ella – ¡paradójicamente! – posee la llave para abrir, desde dentro, la puerta de nuestro corazón: la *llave del Espíritu Santo*. El mismo que la inspiró y sigue inspirándola en los creyentes.

Invoquémoslo, por tanto, para que la Palabra que vamos a escuchar sea un encuentro con el Señor Resucitado.

Ven, Espíritu Santo. Tú eres el que consagró a Jesús con la unción enviándolo a llevar la buena noticia a los pobres; Tú eres el que, con el bautismo, nos ha permitido convertirnos en hijos de Dios y miembros vivos de la Iglesia; Tú eres el que, en el sacramento de la Confirmación, nos has dado el valor de anunciar y dar testimonio...

Llénanos de tu presencia y tu fuerza, de tu audacia y tu gracia. Haznos entender que Dios sigue llamándonos hoy al servicio de la evangelización. Ayúdanos a participar en este servicio viviéndolo en comunión y solidaridad. Amén.

2. Proclamación de la Palabra: Flp 2,12-18

Por lo tanto, queridos hermanos, ya que siempre habéis obedecido, no solo cuando yo estaba presente, sino mucho más ahora en mi ausencia, trabajad por vuestra salvación con temor y temblor, porque es Dios quien activa en vosotros el querer y el obrar para realizar su designio de amor. Cualquier cosa que hagáis sea sin protestas ni discusiones, así seréis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin tacha, en medio de una generación perversa y depravada, entre la cual brilláis como lumbreras del mundo, manteniendo firme la palabra de la vida. Así, en el Día de Cristo, esa será mi gloria, porque mis trabajos no fueron inútiles ni mis fatigas tampoco. Y si mi sangre se ha de derramar, rociando el sacrificio litúrgico que es vuestra fe, yo estoy alegre y me asocio a vuestra alegría; por vuestra parte estad alegres y alegraos conmigo.

3. Lectura orante (lectio)

*Releamos personalmente el texto, incluso el pasaje anterior – Flp 2,1-11 – porque es el contexto que lo precede y lo ilumina, quizás con un lápiz en la mano. Subrayemos los verbos de acción, los sujetos, los sustantivos, los adjetivos. No devoremos el texto con avidez, sino dejémoslo *fluir y repetir* lentamente en la mente y el corazón, como las olas que acarician la orilla.*

Poco a poco, los significados emergen (los sentimientos y deseos de Pablo, el actuar de Dios, el estilo de vida de la comunidad, el perfil y el corazón de Cristo Jesús), incluso sin instrumentos exegéticos sofisticados. Veremos, de hecho, que “no el mucho saber harta y satisface al ánimo, más el sentir y gustar de las cosas internamente” (Ignacio de Loyola).

Esta lectura serena *no es esfuerzo inútil*, ni pérdida de tiempo: es el Espíritu quien abre el cerrojo de nuestra puerta, para dejar entrar al gran Rey, el Esposo del alma y de nuestra comunidad.

Terminada la lectura del texto, vayamos ahora a leer los *textos paralelos* porque la primera llave que abre la Escritura es la propia Escritura (*Catecismo Iglesia Católica*, 112). La mirada se ensancha y profundiza; el corazón y el misterio de Cristo son cada vez más evidentes, cercanos, luminosos.

4. Meditación (*meditatio*)

La lectura que habla al corazón (*cor ad cor loquitur*) abre a la meditación, a la reflexión y a las preguntas. En una palabra: abre al *diálogo con el Señor*, animado y custodiado por el *Espíritu Santo, como un niño en brazos de su madre*, como la gallina acoge a sus polluelos bajo sus plumas.

¿Qué me dice el texto? ¿Qué me está diciendo el Señor? ¿Lo reconozco presente y operante en mi historia? ¿En nuestra historia? ¿En la historia de la humanidad? ¿Qué está sugiriendo a mi comunidad? ¿Qué actitudes internas suscita? ¿Cuáles para corregir? ¿Cuáles para hacerlas madurar más? ¿Qué pensamientos y deseos suscita en mi corazón? ¿Qué formas de hacer y de hablar podrían ser revisadas? ¿A qué hermanos he/hemos ofendido? ¿Dominado? ¿Descartado?

Para promover y facilitar este diálogo con la Palabra, y para revitalizar el espíritu misionero de nuestra comunidad, se ofrece una explicación exegética-espiritual del texto.

“La Palabra se mezcla con la historia y la transfigura con una comunidad”

a. Nuestro grito

Estamos ante una Palabra que se mezcla con la historia y una historia que es transformada y transfigurada por la Palabra. Esto sucede, pasando por una pequeña comunidad, capaz de amar. Sí, porque “los hombres hacen historias, pero Dios hace la historia” (Don Oreste Benzi). Lo necesitábamos. ¡Ahora! Ante una historia que en un instante se ha volcado en nuestras manos por un enemigo tan pequeño – el Covid-19 – que ni siquiera podemos ver a simple vista. Perdidos, impotentes, enfadados. ¿Dónde está Dios? Sí, preguntémosle también: “Dios, ¿dónde estás?” Es el grito de tantos, de muchos... ¡De todos!

b. *El trasfondo del pasaje: alegría e historia*

El pasaje recién leído y releído comienza con un «*Por lo tanto*», por lo que es la conclusión de un discurso que comenzó mucho antes, incluso al principio de la carta. Ve su tematización al comienzo del capítulo 2 (citado anteriormente, como trasfondo del pasaje): *la alegría de Pablo y su comunidad*. «*Dadme esta gran alegría*» (2,2) y concluye: «*Así [...], yo estoy alegre y me asocio a vuestra alegría; por vuestra parte estad alegres y alegraos conmigo*» (2,17-18) (el texto griego usa siempre el mismo término – *chara/ chairō* para significar alegría/alegrarse).

En los primeros compases, el Apóstol llama a su pequeña comunidad a obedecer a Dios como «*cuando yo estaba presente*». ¿Qué había sucedido, entonces, en esos pocos días, entre el 50 y el 51 d.C., cuando Pablo llegó por primera vez a Filipos y estableció la primera Iglesia en Europa?

c. *Pablo en Filipos: Dios trastorna y revoca todos los proyectos*

Esos pocos días, pero muy intensos, se narran al detalle en *Hch* 16,6-40. Podrían ser definidos como una sucesión ininterrumpida de *contrariedades y sorpresas*. Pablo, acompañado por Silas y el joven Timoteo, es incapaz de hacer lo que quiere: Aquel que “activa el querer y el obrar” lo lleva donde no quiere y, sobre todo, donde nunca hubiera pensado o, menos aún, elegido hacer.

Por dos veces, en efecto, el Espíritu le bloquea “su” camino; luego le hace oír el grito de los que necesitaban urgentemente la proclamación del Evangelio: «*¡Pasa a Macedonia y ayúdanos!*», le rogaba un macedonio en visión (vv. 6-10).

Llegado a Filipos, la primera ciudad macedonia en la frontera europea (cfr. v. 12), una colonia de soldados romanos en permiso trata de encontrar a los pocos judíos reunidos en oración el sábado. ¿Pero a quién encuentra a lo largo del río Gangas? *No piadosos judíos interesados en la lectura de la Torá, sino mujeres*, que tal vez estaban lavando sus ropas. Una de ellas, Lidia, a la que «*el Señor le abrió el corazón*», les «*obligó*» a hospedarse en su casa (vv. 14-15): una mujer pudiente (¡y bastante insistente!), junto con su familia, se convirtieron así en los primeros cristianos europeos, bautizados por Pablo.

Como si los malentendidos no fueran suficientes, otra mujer, una joven esclava, adivina de profesión, le hizo impacientar («*cansado de ello*», v. 18); pero el arrebató le costó caro: a instancias de los que la explotaban, «*los magistrados ordenaron que les arrancaran los vestidos y que los azotaran con varas; después de molerlos a palos, los metieron en la cárcel*» (vv. 22-23).

Preguntémonos: ¿qué habrán pensado Pablo y los suyos, si no: “¡Misión fallida!”?

Pero precisamente «*en la mazmorra*» (v. 24), en el punto más bajo donde podría caer la dignidad de un ciudadano romano, terminan las “historias de los hombres” e inicia a manifestarse la “Historia de Dios”: el carcelero que tenía que mantener alta la guardia, les ayuda a salir (!), les lava las heridas y no pide de salvarle el pellejo, sino de salvarle la vida, con toda su familia (cfr. vv. 30-34); los magistrados, que iban a condenarlos, ordenaron repentinamente su liberación, «*se asustaron, vinieron y les dieron satisfacción*» (vv. 35.38-39).

Pues bien, con dos mujeres, una rica obstinada y una joven esclava, y a través de la vil sed de lucro de quienes se aprovechaban de ella, el Espíritu Santo cambia la historia de Europa: *¡la palabra de Dios hizo que los muros romanos se derrumbaran bajo los pies – incrédulos – de los apóstoles!*

Aquí está el primer núcleo de la comunidad de Filipos: la familia de un carcelero y de una comerciante de púrpura. Son ellos los que han «obedecido» a la Historia de Dios, junto con Pablo, que, en prisión, «*a eso de media noche, oraba cantando himnos a Dios*» (v. 25), pero que también había visto como todos sus planes se desbarataban, su libertad se restringía y su andadura decaía en perspectivas estrechas y amargas. Los mismos sentimientos que anidan hoy en día en nuestros corazones frente a la pandemia.

d. Los Filipenses: la Esposa evangelizadora

Han pasado algunos años, cuando el judío de Tarso, desde otra prisión, dirige una carta a esta pequeña comunidad, que sin duda ha crecido en todos los aspectos, conocida como la “*carta de la alegría y de la amistad*”. En ella no aparece ya el rudo y fogoso Apóstol de las gentes, sino el padre; más aún, casi el perfil del esposo: «*os llevo en el corazón [...] Testigo me es Dios del amor entrañable con que os quiero, en Cristo Jesús*» (1,7-8); «*hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona*» (4,1).

Agradece a Dios y reza «*siempre con gran alegría*» por ellos, porque los siente «*colaboradores en la obra del Evangelio*» y «*partícipes de la gracia*» que le ha sido concedida (1,5.7), bajo la apariencia – podemos decir – de una esposa, a la que siente cercana, *íntima y fiel, en la misión que le ha sido confiado*.

Quiere compartir con ella «*los acontecimientos que han favorecido el avance del Evangelio*», que es toda su alegría (1,18); reconoce que esto será para su bien «*gracias a vuestras oraciones*» (1,19); y luego el grito de su corazón, el centro de su vida, el amor de su alma: ¡«*Para mí la vida es Cristo*»! (1,21).

Por esto, exhorta a permanecer «*firmes en el mismo espíritu*», a «*luchar juntos como un solo hombre por la fidelidad al Evangelio*», «*sin el menor miedo a los adversarios*», «*estando como estamos en el mismo combate; ese en que me visteis una vez y que ahora conocéis de oídas*» (1,27-30).

e. Himno a la belleza de la Esposa

En este punto de la carta, el corazón de Pablo se derrite, se deshace y se desborda en un himno solemne, lleno de amor y deseoso de la belleza de esta “su” Iglesia-esposa, que puede llenarlo, colmarlo de alegría: «*Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir*» (2,1-2).

Rasgos de belleza espiritual que Pablo desea ardientemente, pero que pueden quedar impresos en el rostro de esta Esposa, sólo si sus miembros saben renunciar a la codicia del “propio yo” (superioridad, estima, intereses), despojarse de sí mismos (de los propios deseos y voluntades), desarmarse mutuamente (de juicios, murmuraciones) y habitar en el escalón más bajo – como el que habita físicamente Pablo, todavía en prisión a causa del Evangelio (cfr. 1,3-4).

En una palabra, «*tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús*» (2,5), el cual no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó y se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte. Una obediencia, que fue sin embargo la puerta real para entrar en su “exaltación” como Señor de la historia (cfr. 2,6-11).

f. *La belleza de la Esposa evangelizadora*

Pablo exhorta «*por lo tanto*» a la pequeña comunidad a *entrar en el “sentir” y “obedecer” de Cristo*, no sólo como individuos, sino también *como comunidad* (cfr. 2,5.12). Un “sentir”, un “obedecer” y un “ser exaltado” de Cristo, que *no es sólo un acontecimiento del pasado*, sino que sigue siendo *vivido por el Resucitado, ante el Padre, en su Cuerpo eclesial* (y revivido y restituido en cada Eucaristía).

De este modo, la primera comunidad de Filipos – como dirá este texto – puede ser una *esposa fecunda*: no sólo destinataria, sino sobre todo «*colaboradora en la obra del Evangelio*» y «*partícipe de la gracia*» concedida al Apóstol de anunciar el Evangelio. Es decir, ser *colaboradora en el anunciar* (espiritual y materialmente, cfr. 4,15-18), haciendo así que la Palabra sea “viva”, eficaz, portadora de Vida en las “historias de los hombres”, introduciéndoles en la “Historia de salvación de Dios”; de modo que sean transfiguradas, como le sucedió a Pablo, a Lidia, al carcelero y a sus familias. Pero vayamos paso a paso.

Pablo exhorta con fuerza a su amada a entrar en el “obedecer” y “sentir” de Cristo, es decir, a “*trabajar por vuestra salvación con temor y temblor*”, porque “urge” a la evangelización. Y lo hace con un temor filial, confiado (cfr. 1Cor 2,3; Ef 6,5), pero también solícito, ¡porque hay mucho en juego! En efecto, en la medida en que la pequeña comunidad percibe de Dios su llamada y la responsabilidad, «*es Dios quien activa en vosotros el querer y el obrar para realizar su designio de amor*»: la llama y la hace así entrar en su historia universal de salvación, en una compenetración entre el actuar humano – la *voluntad* interior y la *acción* exterior – y el de la Trinidad. En otras palabras, Pablo pide a esta Iglesia-esposa de amar hasta el final: la *docilitas amoris* (docilidad en el amor). Y desentraña las exigencias, que perforan el alma hasta la carne viva:

- «*Cualquier cosa que hagáis – ¡cualquier cosa! – sea sin protestas*»: no como «*protestaron*» los israelitas en el desierto, contra Moisés, añorando la santidad del vientre (cfr. Ex 15,24; 16,2; 17,3) y oponiéndose así al “designio benévolo” de su liberación y a la Obra que Dios estaba realizando para su bien y el de toda la humanidad.
- «*Cualquier cosa que hagáis – ¡cualquier cosa! – sea sin discusiones*», es decir, sin polemizar, discutir con vanidad, insinuar, desconfiar, contradecir, dudar, criticar – todo el mal que sale del corazón del hombre (cfr. Mt 15,19).

Pablo pide, en definitiva, a la Esposa de Cristo de “morir por dentro” (¡es en el corazón, de hecho, donde se consuma la indocilidad para con Dios!), de no perderse en “tantas historias de hombres”, de hacer morir ese pecado personal e intracomunitario que impide a Dios realizar “su historia de salvación”. “Morir por dentro”, como su Esposo (2,7-8), para ser pura, luminosa, bella «*sin mancha ni arruga*» (Ef 5,27; 1,4), resplandeciente como una estrella en la noche del mundo (cfr. Ef 5,8-4; Mt 5,14), en medio de aquellos que se oponen a la Historia de Dios, «*generación malvada y pervertida*» (cfr. Dt 32,5).

Es con esta belleza “teofánica” que la Iglesia-esposa evangeliza: como una lámpara colocada en lo alto, difunde la «palabra que da Vida» y se convierte así en Esposa fecunda.

¡Aquí está la alegría y el orgullo de Pablo! La alegría de la fecundidad del Apóstol, padre y esposo incansable (2,16); una alegría por la cual – acababa de escribir – el «*morir*» podía no ser más «*una ganancia*» (1,21-26). Poder ofrecer a Dios una fe así vivida por su comunidad, en efecto, no tiene precio, sino el de su sangre; que Pablo, ya encadenado, derramaría gustoso por esta ofrenda, como su Señor, el verdadero y único Esposo, a quien la ha prometido (cfr. Ef 5,25-27; 2Cor 11,2).

g. La pregunta incómoda y la respuesta de la “fraternidad”

Volvamos ahora a la pregunta inicial: “Dios, ¿dónde estás?” La Palabra nos ha anunciado que Cristo es Señor de la Historia y la “*Historia de Dios*” no ha terminado, porque «*Dios quiere que todos los hombres se salven*» (cfr. 1Tm 2,4): esta se sigue realizando en las “historias de los hombres”, que hoy libran muchas batallas, incluido el ataque furtivo de la pandemia.

Tampoco el grito del Apóstol a sus comunidades se ha acallado, sino que sigue resonando, haciéndonos sentir – también a nosotros, individuos y pequeñas comunidades – la necesidad de ser *dóciles colaboradores en el anuncio, luces de la Palabra que da Vida*. Una voz que hoy grita: «¡*Hermanos todos*»!

Sí, «*todos*», escribe el Papa Francisco: *todos* busquen el bien de los demás, todos piensen según el “nosotros”, todos tengan un sentimiento de solidaridad (como resuena en Flp 2,2-4 y en muchos otros pasajes de la carta), construyendo una “cultura del encuentro” y no del enfrentamiento, del “cuidado” y no del rechazo, de la “gratuidad” y no del dominio.

Por eso, concluye Pablo a sus amados: «*Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos. Que vuestra medida la conozca todo el mundo. ¡El Señor está cerca!*» (4,4-5).

5. Oración (*oratio e contemplatio*)

Iluminados por el esplendor de la Palabra, se puede ahora saborear la *paz* del corazón, que siente de *morar en la verdad* de Dios. Entonces, uno se abre a la *gratitud*, a la *alabanza*; pero puede también arrodillarse, con *arrepentimiento* y con un deseo sincero y profundo de ser perdonado por Dios y por los hermanos.

La oración puede ser también de *invocación*, pedir al Padre la ayuda necesaria para vivir la Palabra escuchada; o bien de *intercesión* por una persona, un grupo, un compromiso, un trabajo.

Una vez expresada, la oración discursiva se detiene, calla y se abre a la *contemplación*, es decir, se convierte en *simple mirada* con el Señor Jesús y con el Padre, en forma de niños, de enamorados, de madres. Es un momento muy delicado, en el que *prevalece la acción de Dios* sobre el esfuerzo humano por entender y hablar. Más que un “mirar a Dios”, es un “dejarse mirar” por Él; es el gustar Su mirada sobre nuestra vida y sobre nuestra comunidad.

En este punto, el corazón se “calienta”, ya que experimenta la *alegría* evangélica, el *gusto* de la verdad, de la bondad de Dios y del “ser del Señor” (¡cristianos, precisamente!). Se dispone para *acoger las mociones, los toques y las luces del Espíritu Santo*, que mueve a vivir el alto nivel de la vida cristiana. Es esta alegría totalmente interior, serena y efusiva, la que ha impulsado a los grandes *santos* a hacer obras extraordinarias o las obras ordinarias de manera extraordinaria.

Se llega entonces a la última fase, la de discernir “qué hacer” *para* el Señor, *con* el Señor y *en* el Señor.

6. Discernimento y acción (*deliberatio e actio*)

Por el impulso y en respuesta a la Palabra escuchada, hecha “viva” por el Espíritu, brota en el alma el deseo, si no la urgencia de una determinada acción o conjunto de acciones. Se percibe con una cierta *claridad y certeza hacia dónde quiere llevar el Espíritu*: por ejemplo, el encuentro con una persona; la corrección de ciertas actitudes, de un modo de hacer o de hablar; la iniciativa de una buena obra o la renuncia a otra, etc.

La contraposición entre oración y acción desaparece. Nace la *acción contemplativa*, ejercitada a la luz y con la fuerza del Espíritu de Cristo.

2. La Palabra de Dios en Familia

📖 «Tu mujer, como parra fecunda, en medio de tu casa; tus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de tu mesa» (*Sal* 128,3).

📖 Ver a una familia alrededor de la mesa es una ocasión para descubrir la historia de amor que se ha entrelazado. Una historia que, animada por la Palabra de Dios, debe crecer y fortalecerse.

📖 Esta Palabra puede también ser “una compañera de viaje también para las familias que están en crisis o en medio de algún dolor, y les muestra la meta del camino” (cfr. *Amoris Laetitia*, 22).

📖 Por tanto, conviene que la Palabra de Dios sea acogida en cada familia para que cada uno de sus miembros la conozca, la comprenda y se sienta animado por ella.

2.1. Rito de acogida de la Palabra de Dios en Familia

Después del Sínodo sobre la *Palabra de Dios*, se publicó la Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini*, donde se lee:

Del gran misterio nupcial, se desprende una imprescindible responsabilidad de los padres respecto a sus hijos. En efecto, a la auténtica paternidad y maternidad corresponde la comunicación y el testimonio del sentido de la vida en Cristo; mediante la fidelidad y la unidad de la vida de familia, los esposos son los primeros anunciadores de la Palabra de Dios ante sus propios hijos. La comunidad eclesial ha de sostenerles y ayudarles a fomentar la oración en familia, la escucha de la Palabra y el conocimiento de la Biblia. Por eso, el Sínodo desea que cada casa tenga su Biblia y la custodie de modo decoroso, de manera que se la pueda leer y utilizar para la oración. Los sacerdotes, diáconos o laicos bien preparados pueden proporcionar la ayuda necesaria para ello. El Sínodo ha encomendado también la formación de pequeñas comunidades de familias, en las que se cultive la oración y la meditación en común de pasajes adecuados de la Escritura.

Verbum Domini, 85

Durante el Domingo de la Palabra de Dios, toda la familia se reúne alrededor de la mesa principal de la propia casa, donde se colocan el crucifijo, un icono de la Virgen, una vela y la Biblia.

Uno de los miembros de la familia enciende la vela y dice:

- Luz de Cristo

Todos responden:

- Demos gracias a Dios

A continuación, otra persona (se puede dividir el texto en varias personas) recita la siguiente oración:

Ven, Espíritu Santo, dentro de mí, a mi corazón y mi mente.

Concédeme tu inteligencia, para que pueda conocer al Padre meditando la palabra del Evangelio.

Concédeme tu amor, para que también hoy, impulsado por tu palabra, te busque en los hechos y en las personas que he encontrado.

Concédeme tu sabiduría, para que sepa revivir y juzgar, a la luz de tu palabra, lo que he vivido hoy.

Concédeme perseverancia, para que pueda penetrar pacientemente el mensaje de Dios en el Evangelio.

Santo Tomás de Aquino.

Todos responden:

- Amén.

Un miembro de la familia toma la Biblia, la abre y comienza a leer el siguiente pasaje: *Mateo 13, 1-9. “Parábola del sembrador”*.

Escuchad la palabra del Señor del Evangelio según San Mateo:

Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al mar. Y acudió a él tanta gente que tuvo que subirse a una barca; se sentó y toda la gente se quedó de pie en la orilla. Les habló muchas cosas en parábolas: «Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, una parte cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y como la tierra no era profunda brotó enseguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó. Otra cayó entre abrojos, que crecieron y la ahogaron. Otra cayó en tierra buena y dio fruto: una, ciento; otra, sesenta; otra, treinta. El que tenga oídos, que oiga».

Todos los miembros de la familia besan el Libro de la Sagrada Escritura.

Sigue un momento de silencio, de meditación sobre el texto que se acaba de escuchar y de oración personal.

Luego una persona lee el siguiente comentario:

Jesús cuenta a una gran multitud la parábola —que todos conocemos bien— del sembrador, que lanza la semilla en cuatro tipos diferentes de terreno. La Palabra de Dios, representada por las semillas, no es una Palabra abstracta, sino que es Cristo mismo, el Verbo del Padre que se ha encarnado en el vientre de María. Por lo tanto, acoger la Palabra de Dios quiere decir acoger la persona de Cristo, el mismo Cristo.

Hay distintas maneras de recibir la Palabra de Dios. Podemos hacerlo como un camino, donde en seguida vienen los pájaros y se comen las semillas. Esta sería la distracción, un gran peligro de nuestro tiempo. Acosados por tantos chismorreos, por tantas ideologías, por las continuas posibilidades de distraerse dentro y fuera de casa, se puede perder el gusto del silencio, del recogimiento, del diálogo con el Señor, tanto como para correr el riesgo de perder la fe, de no acoger la Palabra de Dios. Estamos viendo todo, distraídos por todo, por las cosas mundanas.

Otra posibilidad: podemos acoger la Palabra de Dios como un pedregal, con poca tierra. Allí la semilla brota en seguida, pero también se seca pronto, porque no consigue echar raíces en profundidad. Es la imagen de aquellos que acogen la Palabra de Dios con entusiasmo momentáneo pero que permanece superficial, no asimila la Palabra de Dios. Y así, ante la primera dificultad, pensemos en un sufrimiento, una turbación de la vida, esa fe todavía débil se disuelve, como se seca la semilla que cae en medio de las piedras.

Podemos, también —una tercera posibilidad de la que Jesús habla en la parábola—, acoger la Palabra de Dios como un terreno donde crecen arbustos espinosos. Y las espinas son el engaño de la riqueza, del éxito, de las preocupaciones mundanas... Ahí la Palabra crece un poco, pero se ahoga, no es fuerte, muere o no da fruto.

Finalmente —la cuarta posibilidad— podemos acogerla como el terreno bueno. Aquí, y solamente aquí la semilla arraiga y da fruto. La semilla que cae en este terreno fértil representa a aquellos que escuchan la Palabra, la acogen, la guardan en el corazón y la ponen en práctica en la vida de cada día.

La parábola del sembrador es un poco la “madre” de todas las parábolas, porque habla de la escucha de la Palabra. Nos recuerda que la Palabra de Dios es una semilla que en sí misma es fecunda y eficaz; y Dios la esparce por todos lados con generosidad, sin importar el desperdicio. ¡Así es el corazón de Dios! Cada uno de nosotros es un terreno sobre el que cae la semilla de la Palabra, ¡sin excluir a nadie! La Palabra es dada a cada uno de nosotros. Podemos preguntarnos: yo, ¿qué tipo de terreno soy? ¿Me parezco al camino, al pedregal, al arbusto? Pero, si queremos, podemos convertirnos en terreno bueno, labrado y cultivado con cuidado, para hacer madurar la semilla de la Palabra. Está ya presente en nuestro corazón, pero hacerla fructificar depende de nosotros, depende de la acogida que reservamos a esta semilla. A menudo estamos distraídos por demasiados intereses, por demasiados reclamos, y es difícil distinguir, entre tantas voces y tantas palabras, la del Señor, la única que hace libre. Por esto es importante acostumbrarse a escuchar la Palabra de Dios, a leerla. Y vuelvo, una vez más, a ese consejo: llevad siempre con vosotros un pequeño Evangelio, una edición de bolsillo del Evangelio, en el bolsillo, en el bolso... Y así, leed cada día un fragmento, para que estéis acostumbrados a leer la Palabra de Dios, y entender bien cuál es la semilla que Dios te ofrece, y pensar con qué tierra la recibo.

La Virgen María, modelo perfecto de tierra buena y fértil, nos ayude, con su oración, a convertirnos en terreno disponible sin espinas ni piedras, para que podamos llevar buenos frutos para nosotros y para nuestros hermanos.

Papa Francisco, *Ángelus*, 12 de julio de 2020

Después del comentario todos recitan juntos la oración de Jesús:

- Padre nuestro...

Al final de la oración, la persona que ha encendido la vela coge la Biblia y hace la señal de la cruz, bendiciendo a toda la familia con la Sagrada Escritura.

Se apaga la vela, diciendo:

- Quédate con nosotros, Señor, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

2.2. Propuestas de formación sobre la Palabra de Dios para los jóvenes

San Jerónimo asegura que la Biblia es el instrumento “con el que Dios habla a los fieles cada día” (*Epístola. CXXXIII*, 13). En la Carta Apostólica *Scripturae Sacrae affectus*, el Papa Francisco insiste en la necesidad de comprender las palabras contenidas en la Sagrada Escritura para experimentar el amor de Dios, que “no tiene precio” y es capaz de transformar la propia vida, despertando en lo más profundo del corazón el deseo de corresponder plenamente a ese amor. El *Domingo de la Palabra de Dios* es una oportunidad para dar a conocer a los jóvenes “la Palabra del Señor, con toda su belleza, con toda su fuerza espiritual”, como se afirma en la mencionada Carta. He aquí algunas propuestas de formación y testimonios.

¡Vive en primera persona un pasaje bíblico!

El *Bibliodrama* es una metodología activa, que favorece el encuentro profundo entre la Palabra de Dios y la vida concreta de cada persona, basado en la interacción entre el mensaje bíblico transmitido por el Espíritu y la experiencia humana de cada joven. Él es invitado a reflejarse en el texto, estimulado por el pasaje bíblico encontrado, meditado y representado en una forma inédita. De esta manera, él asocia internamente aspectos de sí mismo y de su vida, expresando libremente lo que siente en el grupo. Las profundas resonancias de cada joven se comparten a través de diferentes lenguajes: intercambio verbal-emocional, intercambio gráfico-pictórico, foto-lenguaje, interacción con concreciones simbólicas, etc. Podéis obtener más información sobre esta metodología en el sitio web: <https://www.bibliodramma.com/metologia>

¡Conviértete en un Cristonaut@!

Cristonaut@s es un sitio web que tiene como objetivo hacer operativa la Nueva Evangelización ofreciendo formación bíblico-espiritual a los jóvenes y a otros agentes de pastoral a través de Conferencias, Cursos presenciales y en línea, Talleres Bíblicos, Retiros Espirituales, Programas de Evangelización y Misioneros, utilizando las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Esta iniciativa cuenta con el apoyo de un equipo internacional de cristianos católicos de diferentes idiomas (español, inglés, portugués e italiano) que, siguiendo las directrices del Papa y los Obispos, quieren difundir el Evangelio siguiendo el ejemplo de Ramón Pané, una de las mayores figuras de la Evangelización en América. Para convertirse en un criston@uta visitar la página web:

<https://www.cristonautas.com/>

¡Conoce la Biblia!

El *St. Paul Center for Biblical Theology* es un instituto de investigación y formación bíblica sin ánimo de lucro que promueve el estudio de las Sagradas Escrituras – que transforman la vida –

de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia Católica. Está al servicio de todos los fieles con instrumentos de análisis y estudio, desde libros y publicaciones hasta cursos multimedia y online. Encontraréis toda la oferta formativa en el sitio web: <https://stpaulcenter.com/>

Otros organismos eclesiales ofrecen diversos recursos para la formación bíblica. A continuación, se muestran algunos enlaces:

- <https://www.usccb.org/offices/new-american-bible/study-materials>
- <http://www.knowhowsphere.net/Bases2.aspx>
- <https://fevvida.org/wp-content/uploads/2019/10/fevvida-volantedeprogramasbiblicos-v12.pdf>
- https://www.youtube.com/watch?v=Upk_3nGTP2g

¡La Palabra de Dios en tu teléfono!

Laudate by Aycka Soft. La aplicación católica gratuita más popular y completa. Disponible en inglés, español, francés, portugués, alemán, italiano y otros. Ofrece las Lecturas de la Misa diaria (con el santo del día y reflexiones), la Liturgia de las horas, elementos para la Oración personal a partir de un versículo bíblico diario, varios *Podcasts* sobre la Palabra de Dios, etc. Esta aplicación no debería faltar en tu teléfono. Está disponible para los sistemas operativos *Android* e *iOS*:

- <https://play.google.com/store/apps/details?id=com.aycka.apps.MassReadings>
- <https://apps.apple.com/us/app/laudate-1-catholic-app/id499428207#?platform=iphone>

Lectio Divina para todos los días. ¡Sí!

La *Orden de los Carmelitas* ofrece a todos, especialmente en este período de confinamiento debido a la pandemia del Covid-19, la posibilidad de rezar con las Sagradas Escrituras según el método de la *Lectio Divina*, desarrollado por los Santos Padres y promovido nuevamente en la Iglesia desde el Concilio Vaticano II, porque ayuda a profundizar en la propia fe y en las actitudes de Jesús meditando diariamente su palabra, según el calendario litúrgico. La *Lectio Divina* diaria está disponible en varios idiomas. Visita la página web: <https://ocarm.org/>

¡La Biblia ha transformado mi vida!

La Biblia toca la vida de las personas de muchas maneras. Descubrid algunos de los testimonios.

- <https://www.youtube.com/watch?v=EM70gegk-a8> (el testimonio de Giacomo Poretti)
- https://www.youtube.com/watch?v=zeC_Ez6cY7w (el testimonio de algunos católicos en Argentina)

Nota: Los que organizan el *Domingo* deben buscar algún testimonio en su propio idioma.

2.3. *La Palabra de Dios en tiempos de Covid-19*

La vida doméstica, tierra fértil para la semilla de la Palabra de Dios

“*Quédate en casa*” ha sido el eslogan repetido de la pandemia. Esta invitación ha puesto a prueba nuestro sentido de solidaridad y de disciplina ciudadana. Ha sido también una buena oportunidad para desarrollar la creatividad, explorar nuevas dimensiones de la convivencia familiar y redescubrir el hogar como un espacio de oración y comunión de fe. Nosotros, discípulos misioneros de Jesús, hemos vivido esta oportunidad como una escuela de escucha de la *Palabra de Dios* y de discernimiento que nos ha llevado a experimentar nuestra comunión eclesial más allá de ciertas prácticas religiosas y de nuestra presencia en las Iglesias.

La presente propuesta pretende suscitar un discernimiento a la luz del proyecto evangelizador sugerido por Jesús en el Nuevo Testamento, para que podamos evaluar nuestro proceso de fe y evangelización vivido en la Iglesia doméstica, como miembros de una familia y como misioneros llamados a anunciar a todos la Buena Nueva. En los Evangelios sinópticos encontramos algunas de las instrucciones de Jesús para vivir la misión doméstica. En particular, el envío de Jesús a los 72 discípulos: «Cuando entréis en una casa, decid primero: “*Paz a esta casa*”. *Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros. Quedaos en la misma casa, comiendo y bebiendo de lo que tengan: porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa en casa. Si entráis en una ciudad y os reciben, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya en ella, y decidles: “El reino de Dios ha llegado a vosotros”» (Lc 10,5-9).*

En estas palabras de Jesús percibimos un itinerario evangelizador completo: *entrar* en la casa, *habitar* en ella y *desde allí* evangelizar la ciudad. Textos similares de Mateo (10,11-14) y de Marcos (6,10-11) confirman esta dinámica. En efecto, la práctica habitual de Jesús es testimoniada a través de su discurso y se convierte en un paradigma para los discípulos que lo siguen.

Entrar en la realidad de cada casa

Los lugares de encuentro comunitario favorecen la expresión de una asamblea litúrgica o de comunión fraterna, pero no expresan fácilmente nuestra realidad individual o familiar como una casa o una habitación. Una casa de la antigüedad (hebreo: *bayit*; griego: *oikía/oikós*; latín: *domus*) no tiene el mismo valor sociológico que las casas urbanas de hoy. Nuestras casas pueden ser más variadas y complejas. Son principalmente espacios de vida, representan la intimidad de las personas. Están habitadas por personas individuales o pequeños grupos de amigos, parejas o familias con pocos hijos. Las casas de la ciudad fueron concebidas más como un espacio donde se protege y defiende la libertad personal y no como una plataforma para las relaciones comunitarias. No es extraño que los vecinos no se conozcan entre sí y que la idea misma de integración sea molesta para la mayoría. No es fácil derribar los muros de los prejuicios o construir puentes para fomentar una cultura del encuentro, aunque nos separe una frágil pared de unos pocos centímetros.

Los modelos domésticos que presenta la Biblia, aunque suelen ser en su mayoría de familias numerosas, como la de Jacob (*Gn* 46,1-27), son variados: una viuda de Sarepta con su único hijo (*IRe* 17,8-24), parejas sin hijos como Aquila y Priscila (*Hch* 18,2-3), las hermanas Marta y María (*Lc* 10,38-42), o personas solitarias, como Elías o Juan el Bautista, que viven en el desierto (*IRe* 19,1-18; *Mc* 1,4-6). También Jesús entra en la casa de Simón Pedro, en Cafarnaúm, un sábado, cura a su suegra enferma, come con ellos, y de allí se dirige hacia la puerta de la ciudad (*Mc* 1,29-31). Pedro, siguiendo dócilmente la voz de Dios, supera toda aprensión y entra en la casa de un importante oficial del ejército romano, Cornelio, anuncia el Evangelio, bautiza a todos los de la casa y se queda con ellos (*Hch* 10,1-48). En todas estas realidades Dios entra para anunciar una buena noticia, para transformar las realidades, para proponer nuevos comienzos.

A la luz de estos testimonios, preguntémosnos:

- ¿Quién vive en mi casa?
- Si Jesús entrara en mi casa, ¿qué encontraría?
- ¿Qué le pediría que hiciera por mí (por nosotros)?
- ¿Cómo vivimos nuestra fe en casa?
- ¿Mantuve el contacto con la comunidad parroquial o el grupo apostólico durante la pandemia? ¿Los sentí cerca?
- ¿Me he mantenido en contacto con la comunidad parroquial o el grupo apostólico durante la pandemia? ¿Los he sentido cerca?

Vivir la realidad de la casa

La realidad de cada casa tiende a ser única, incluso si se dan situaciones similares. Lo primero que nos sugiere Jesús es saludar a la familia que pide paz para esa casa. Esta es la costumbre en Oriente Medio: en hebreo y árabe se invoca la paz en el saludo. Jesús resucitado lo hace con sus discípulos en contextos de miedo e inseguridad (*Jn* 20,19-23.26) y come con ellos mientras anuncia la Buena Noticia de la Pascua (*Lc* 24,36-53). Pablo hace lo mismo cuando saluda a sus comunidades: «*Gracia y paz a vosotros de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. Doy gracias a mi Dios cada vez que os recuerdo; siempre que rezo por vosotros, lo hago con gran alegría. Porque habéis sido colaboradores míos en la obra del Evangelio, desde el primer día hasta hoy. Esta es nuestra confianza: que el que ha inaugurado entre vosotros esta buena obra, la llevará adelante hasta el Día de Cristo Jesús*» (*Flp* 1,2-6).

En este período de pandemia, nuestros corazones han estado habitados por muchos miedos que se extienden a cada rincón de la casa. El punto de partida, por lo tanto, es dar la bienvenida a la paz para que abra los corazones y nos permita seguir explorando otros aspectos que necesitan ser sanados y transformados. Y no hay nada más natural y alentador para hacer esto que los ritos domésticos, incluyendo el compartir la comida. Pero, en primer lugar, debemos dejar atrás tantas distracciones que dificultan el diálogo, y luego debemos fomentar el reencuentro.

Las *redes sociales*, por ejemplo, han sido grandes aliadas para superar el dolor causado por el aislamiento, instrumentos para el estudio y el trabajo, instrumentos que permiten el

acompañamiento espiritual. Sin embargo, al mismo tiempo, pueden “narcotizarnos” y hacernos vivir un mundo virtual paralelo al lado de personas reales que evitamos y que nos necesitan.

La visita de Jesús a la casa de Simón Pedro se ha vuelto tan habitual que es allí donde el evangelista sitúa otros momentos de la vida y enseñanza de Jesús, como cuando la casa estaba tan llena que tuvieron que quitar parte del techo para que Jesús pudiera curar a un paralítico (*Mc* 2,1-12) o cuando la familia de Jesús lo buscaba y, esperando que saliera de la casa, los invitaba entrar a formar parte de la nueva familia de sus discípulos (*Mc* 3,20.31-35). La casa de Pedro se ha convertido en la casa de Jesús y sus discípulos, lo mismo puede decirse de su barca (cfr. *Lc* 5,1-11). El cambio de nombre de Simón a Pedro también refleja esta profunda transformación en la vida del Apóstol. Podemos imaginarlo hablando de Jesús con palabras similares a las de Pablo, recordando cómo cambió su vida: «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (*Gal* 2,20).

Paul ha sido un testigo privilegiado de esta experiencia. Su testimonio de Jesucristo tuvo un impacto en la vida de muchos que, hospedándolo, han abierto también sus casas al Maestro para que pudiera morar allí con sus discípulos. Estas casas se llaman en latín “*Domus Ecclesiae*”. Pablo los saluda con gran afecto en sus cartas: Áquila y Prisca (*1Cor* 16,19; *Rom* 16,3-5); Estéfanos de Corinto (*1Cor* 1,16; 16,15); Filemón (*Fil* 1,2); Ninfa (*Col* 4,15); Onésimo (*2Tim* 1,16). De hecho, este toque familiar de las primeras comunidades cristianas se percibe en sus conflictos (cfr. *1Cor* 1,11; 5,1; 7,1-17; *Ef* 5,22-6,4) y en la forma en que Pablo se dirige a ellos (cfr. *Gal* 4,19; *1Cor* 4,15).

Evaluamos:

- ¿Se siente la presencia de Dios en mi casa?
- ¿Cómo puedo fomentar un ambiente espiritual?
- ¿Es importante para mí (nosotros) leer y escuchar la Palabra de Dios?
- ¿Qué hago para mejorar mis relaciones en casa? ¿Paso tiempo con mi familia?
- ¿La Iglesia se ha acercado realmente a la realidad de mi familia con su forma de evangelizar?
- ¿Percibo que las familias son una prioridad para la atención pastoral de la parroquia?

Evangelizar desde la realidad de casa

En dos de los pasajes recordados sobre la actividad de Jesús en la casa de Pedro, se ha percibido que las paredes o el techo tenían que desaparecer para integrar a los demás en esta nueva realidad de la familia de los discípulos de Jesús (cfr. *Mc* 2,1-12; 3,20.31-35). Parece que la parábola del grano de mostaza se ha verificado en estos casos: «Aunque es la más pequeña de las semillas, cuando crece es más alta que las hortalizas; se hace un árbol hasta el punto de que vienen los pájaros del cielo a anidar en sus ramas» (*Mt* 13,32).

La casa transformada por la presencia de Jesús está llamada a crecer, la vida y la esperanza florecen en ella, se convierte en una explosión de alegría contagiosa como la de aquella pobre mujer angustiada que recupera su moneda perdida: «Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las

vecinas y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido”» (Lc 15,9).

La fe de una familia que vive la Buena Noticia de Jesús Resucitado se convierte en la levadura que «una mujer la amasa con tres medidas de harina, hasta que todo fermenta» (Mt 13,33). Desde esta nueva perspectiva cambia también la forma de ver el mundo. El planeta entero es percibido como nuestra “*casa común*” (*Laudato si*, 1.13.232) y la humanidad como una “*gran familia*” (*Fratelli tutti*, 26.62). El Papa Francisco lo dice claramente con estas palabras:

“Pero no puedo reducir mi vida a la relación con un pequeño grupo, ni siquiera a mi propia familia, porque es imposible entenderme sin un tejido más amplio de relaciones. [...] Mi relación con una persona que aprecio no puede ignorar que esa persona no vive sólo por su relación conmigo, ni yo vivo sólo por mi referencia a ella. Nuestra relación, si es sana y verdadera, nos abre a los otros que nos amplían y enriquecen. [...] el amor que es auténtico, que ayuda a crecer, y las formas más nobles de la amistad, residen en corazones que se dejan completar. La pareja y el amigo son para abrir el corazón en círculos, para volvernos capaces de salir de nosotros mismos hasta acoger a todos (*Fratelli tutti*, 89).

Evaluamos:

- ¿Son las paredes de mi casa un límite para mis sueños y mi vocación?
- ¿Me he sentido llamado a cuidar de otros fuera de mi círculo familiar o de amigos?
- ¿He hecho o tratado de hacer algo por alguien desinteresadamente durante esta pandemia?
- ¿He experimentado la alegría de dar generosamente (cfr. *Hch* 20,35)?
- ¿He visto a la Iglesia ayudarme a ser más solidario?
- ¿Vivo en el mundo como una casa común?
- ¿Me siento parte de la gran familia humana?

3. La Palabra de Dios en la oración personal

📖 «Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero» (*Sal* 119,105).

📖 Así como en un camino oscuro buscamos una linterna que nos ilumine para no tropezar, de la misma manera debemos buscar en la Palabra de Dios la luz para nuestras vidas.

📖 Aprovechemos los diversos métodos que la Iglesia ofrece a sus hijos “a fin de que la Palabra de Dios pueda ser siempre y cada vez más [su] alimento espiritual” (Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Introducción, B).

3.1. Leer el Evangelio con el Beato Antonio Chévrier

Don Antonio Chévrier, sacerdote de la diócesis de Lyon en Francia, tuvo una intuición en la parroquia de Saint-André de La Guillotière la noche de Navidad de 1856. Se dio cuenta de que los aspectos principales de las actitudes de Cristo, el salvador del mundo, no son sólo una realidad para la contemplación, sino más bien un modelo al que conformarse. Después de esta noche de luz para expresar los sentimientos que había en su alma, dijo: «He decidido seguir a Jesús más de cerca»¹.

Seguir a Jesús, conformarse a sus actitudes, permanecer verdaderamente unidos a Él en el amor, deberían ser los objetivos de todo cristiano, pero para alcanzarlos es necesario conocerlo. El conocimiento de Jesús no sólo es contemplativo, sino que es también en orden a la acción. Si se escruta el Evangelio, se ve que Jesús no sólo quiso dar ejemplos, sino también pautas para la acción, porque Él es un «Maestro y un Modelo»².

El camino propuesto por el Beato Chévrier para *acercarse* a Jesús lo llamó *Estudio de Evangelio* y puede hacerse personalmente pero también en familia, en grupo o en una pequeña comunidad, de modo que quienes lo practican puedan alcanzar los siguientes objetivos, siguiendo los pasos que se describen a continuación³:

- a. *Dejarse conocer y amar por el Padre*: La iniciativa es siempre del Padre. Él nos ha dado la posibilidad de conocerlo. Él nos atrae hacia su Hijo y pone en nosotros el deseo y gozo de conocerle, amarle y servirle. En el *Estudio* nos experimentamos y vivimos como criaturas de la gracia, como un acontecimiento de gracia.
- b. *Llenarse del Espíritu para caminar en el Espíritu*: En el *Estudio*, el discípulo se deja encaminar por el Espíritu hacia la verdad plena, para vivirla y dar testimonio de ella en el mundo.
- c. *Conocer a Jesucristo en sus distintas presencias*: El *Estudio* de Jesucristo en las Escrituras permite reconocerlo en los acontecimientos de la vida y los acontecimientos nos obligan a captar mejor la novedad de su persona tal como se nos revela en las Escrituras.
- d. *Para ser testigos de Jesucristo*: Se trata de un *Estudio* que nos haga hablar como testigos de Jesucristo, llenos de alegría, audacia y *parresía*.
- e. *Para servir a los pobres*: El *Estudio* de la Palabra hecha carne, lleva al discípulo a abrazar en él y como él la pobreza para servir a los pobres desde el último lugar. Este *Estudio* nos permite contemplar a los pobres en el misterio de Cristo, y a su vez nos introduce en el misterio del pobre. Sólo el conocimiento de Jesucristo puede darnos “la inteligencia del pobre” y la manera correcta de conducirlos a la libertad del amor.

¹ Cfr. Alfred Ancel, *El Estudio del Evangelio en Seguir a Cristo más de cerca* a cura del Prado Italiano. N. 5-6 – Septiembre-diciembre 2004.

² Cfr. Ibidem.

³ Cfr. Consejo General del Prado, «¡Haz, Oh Cristo, que yo te conozca!»: *El Estudio de Evangelio en el Prado*. Documento al final de la Sesión de Formación del verano de 2009 dedicado al Estudio de Evangelio. Octubre 2010. pp. 14-20. 38-39.

Elección del texto

La lectura parte siempre de un texto de la Escritura, especialmente del Evangelio, según el aspecto que se quiera profundizar. También es posible elegir algunos de los textos que la propia Liturgia del día sugiere para seguir de manera sistemática la Palabra de Dios ordenada y propuesta por la

Realizar la *lectura del Evangelio* de manera comunitaria permite descubrir la riqueza en la que la Palabra resuena en el corazón humano, haciendo presentes sus experiencias personales e iluminando sus particulares situaciones de vida. En este caso, el texto es elegido por uno o todos los miembros del grupo.

Oración inicial

La lectura comienza con un momento de silencio y pidiendo al Espíritu Santo el don del conocimiento de Jesucristo.

Proclamación del texto

A continuación, se lee o se proclama el texto elegido con calma y con voz firme, según sea el caso.

Reflexión, estudio personal y actualidad del texto

Sigue un tiempo de *reflexión y estudio personal* del texto proclamado. La escucha, reflexión y contemplación se centra, ante todo, en las acciones, gestos, palabras y actitudes de Jesucristo. La mirada sobre los otros personajes es también importante en la medida que revela y permite conocer mejor a Jesucristo. También se puede hacer referencia a textos paralelos de la Escritura o a comentarios de los Santos Padres de la Iglesia o del propio Magisterio para obtener un mayor conocimiento y objetividad en la lectura.

De forma personal conviene, para hacer la *actualización* del texto, preguntarse:

- ¿Cómo el Espíritu Santo me ayuda a descubrir la actualidad de la persona del Señor Jesús hoy y a aplicar sus enseñanzas a la realidad y al contexto en que vivo?
- ¿Cuál debería ser mi respuesta a la Palabra escuchada y profundizada?
- ¿Cómo ilumina y guía ahora esta Palabra mi vida, la vida de mi familia, la vida de los que me rodean (amigos, colegas, vecinos) y la vida de la Iglesia?
- ¿Cómo esta Palabra ilumina y guía ahora mi vida, la vida de mi familia, la vida de quienes me rodean (amigos, compañeros, vecinos) y la vida de la Iglesia?

Sólo a través de una relación de reciprocidad entre Jesús y el hombre es posible descubrir la novedad de su Palabra en los acontecimientos de la vida misma. Se sugiere de poner por escrito

nuestros comentarios y compromisos para que puedan ser seguidos personalmente o compartidos con otros si la lectura se ha hecho de manera comunitaria.

Puesta en común

Si la lectura se ha hecho de forma comunitaria, es el momento de comunicar a los demás el fruto del trabajo realizado. Se trata de un compartir teológico y de fe, hecho con sencillez y simplicidad, sin discusiones ni dialéctica.

Oración final

Después de un tiempo de silencio, se hace una oración de acción de gracias a Dios por lo que nos ha permitido saber de Jesús en esta lectura. Si se ha hecho de forma comunitaria, algunos o todos pueden tomar la palabra para decir una oración que sea un eco de cuanto se ha compartido en el momento anterior.

3.2. Meditar el Evangelio del Domingo III del tiempo ordinario

El Evangelio de Marcos guía el ciclo litúrgico B. Este Evangelio, escrito con un vocabulario pobre y un estilo simple, muestra una espléndida correspondencia entre el mensaje de Jesús y los problemas e intereses de la gente de la época en que fue escrito. Podemos decir con certeza que esta correspondencia sigue siendo relevante hoy en día. Estructurado en dos partes principales (*Mc* 1,14-8,30; 8,31-16,8), precedido por un Prólogo (*Mc* 1,1-13) y seguido por un Apéndice (*Mc* 16,9-20), en él, el evangelista se propone revelar progresivamente la identidad de Jesús y la identidad del discípulo. Jesús es el Mesías esperado (*Mc* 8,27-30), “Hijo del Hombre” de condición humana y sujeto al sufrimiento (*Mc* 8,31; 9,31; 10,33-34) e “Hijo de Dios” de condición divina y sujeto a la glorificación (*Mc* 1,1; 15,39; 16,19). El discípulo, en cambio, está llamado a estar con Jesús, a acompañarlo de cerca, a escuchar sus enseñanzas y a contemplar sus maravillas; a conocerlo y comprenderlo en profundidad; a entrar en comunión con él; a continuar su misión, ejerciendo el ministerio de la Palabra, comunicando su Misterio y confirmando esa predicación con sus obras (*Mc* 3,14-15)⁴.

El Domingo III del tiempo ordinario, al presentar la llamada de Jesús a los primeros discípulos a orillas del Mar de Galilea – acontecimiento que para ellos marcó el inicio de un camino de unión personal con Jesús para revelar el misterio de su ser – es una oportunidad para que cada cristiano renueve su compromiso de seguir y dar testimonio de Jesús a pesar de la propia fragilidad. Déjate provocar por su Palabra.

A continuación, se sugiere meditar el texto de *Mc* 1,14-20 (*Llamamiento de los primeros discípulos*) según la metodología propuesta por el Beato Chévrier.

Oración inicial

Si inizia invocando la presenza delle persone divine o di una di loro in particolare, usando le proprie parole o una preghiera come quella qui sotto:

¡Oh Verbo! ¡Oh Cristo! ¡Qué bello y qué grande eres! ¡Quién acertara a conocerte! ¡Quién pudiera comprenderte!

Haz, oh Cristo, que yo te conozca y te ame. Tú, que eres la luz, manda un rayo de esa divina luz sobre mi pobre alma, para que yo pueda verte y comprenderte.

Dame una fe en ti tan grande, que todas tus palabras sean luces que me iluminen, me atraigan hacia ti y me hagan seguirte en todos los caminos de la justicia y de la verdad.

¡Oh Cristo! ¡Oh Verbo! ¡Mi Señor y mi único Maestro! Habla, que quiero escucharte y poner en práctica tu palabra.

⁴ Cfr. Francisco Pérez Herrero, *Evangelio según San Marcos*, La Casa de la Biblia, Coedición. España, 1989. pp. 13-18.

Quiero escuchar tu divina palabra, que sé que viene del cielo. Quiero escucharla, meditarla, practicarla, porque en tu palabra está la vida, la alegría, la paz y la felicidad.

Habla, Señor. Tu eres mi Señor y mi Maestro. Quiero escucharte sólo a Ti. Amén

Antonio Chévrier

Proclamación del texto

Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; decía: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio».

Pasando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, el hermano de Simón, echando las redes en el mar, pues eran pescadores. Jesús les dijo: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres». Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Un poco más adelante vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca repasando las redes. A continuación los llamó, dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon en pos de él.

Comentarios personales

Las siguientes preguntas pueden ayudarte a profundizar en el texto:

- ¿Qué acciones realiza Jesús (presta atención a los verbos)?
- ¿Cuáles son las palabras que salen de los labios de Jesús?
- ¿Qué actitudes descubres en Jesús?
- ¿Qué acciones realizan los discípulos (presta atención a los verbos)?
- ¿Cuáles son las actitudes de los discípulos?

Recuerda tomar nota de lo que descubres o te llama la atención.

Textos paralelos, comentarios de los Santos Padres o del Magisterio de la Iglesia

Compara tus comentarios personales con el comentario del Papa Francisco sobre este texto.

Jesús, después del arresto de Juan, fue a Galilea, dando la impresión de querer iniciar otra etapa del camino. Y proclama el Evangelio con las mismas palabras de Juan: el tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca, convertíos. Lo mismo que decía Juan, lo dice Jesús.

Juan había preparado el camino a Jesús. Y Jesús lo sigue. Preparar el camino, preparar también nuestra vida, es propio de Dios, del amor de Dios por cada uno de nosotros. Él no nos hace cristianos por generación espontánea. Él prepara nuestro camino, prepara nuestra vida, desde hace tiempo. Parece que Simón, Andrés, Santiago y Juan fueron aquí elegidos definitivamente; pero esto no significa que desde este momento hayan sido también “definitivamente fieles”. En realidad, precisamente ellos cometen errores: hacen propuestas “no cristianas al Señor”, de hecho, lo niegan. Y Pedro más que los demás. Se asustaron y se marcharon, abandonaron al Señor.

Ana, la segunda mujer de Elcaná (cfr. *ISam* 1,1-8), era estéril, lloraba cuando la otra mujer, Feniná, que tenía hijos, se burlaba. Pero en el llanto de Ana estaba la preparación al nacimiento del gran Samuel. Así, el Señor nos prepara desde hace muchas generaciones. Y cuando las cosas no funcionan bien, Él se mezcla en la historia y las acomoda.

En la misma genealogía de Jesús hay pecadores y pecadoras. ¿Cómo obró el Señor? Se mezcló; corrigió el camino; puso orden en las cosas. Pensemos en el gran David, gran pecador y luego gran santo. El Señor sabe. Cuando el Señor nos dice: con amor eterno te he amado, se refiere a esto. Desde hace muchas generaciones el Señor ha pensado “en nosotros”. Y así nos acompaña experimentando nuestros mismos sentimientos cuando nos acercamos al matrimonio, cuando se espera un hijo: en cada momento de nuestra historia nos espera y nos acompaña.

Esto es el amor eterno del Señor. Eterno pero concreto. Un amor incluso artesanal, porque Él va construyendo la historia y va preparando el camino para cada uno de nosotros. Esto es el amor de Dios. [...] Él es el Señor de la preparación, que nos ama desde siempre y nunca nos abandona. Tal vez es un acto de fe no fácil de creerlo, es verdad. Porque nuestro racionalismo nos hace decir: ¿por qué el Señor, con las numerosas personas con las que cuenta, va a pensar en mí? Sin embargo, Él me ha preparado el camino, con nuestras mamás, nuestras abuelas, nuestros padres, nuestros abuelos y bisabuelos, con todos: el Señor hace así. Y esto es su amor: concreto, eterno y también artesanal.

Meditación, Domus Sanctae Marthae, 13 de enero de 2014

Actualización del texto

Para hacer propios las enseñanzas del texto:

- Recuerda el momento en que el Señor ha venido a encontrarte para llamarte a ser su discípulo misionero.
- ¿Esta elección te hace sentir su amor, te ayuda a ser feliz?
- ¿Cómo ha preparado este momento (lugar, tiempo, edad)?

- ¿Quién ha intervenido para hacerlo posible?
- ¿Con qué actitud has respondido?
- ¿Cómo podrías colaborar para que el Señor Jesús se encuentre con otras personas y las llame a su servicio?
- ¿Qué tienes que cambiar en ti para ser cada día más fiel a la llamada que has recibido y a la misión que se te ha confiado?

Recuerda escribir tus pensamientos y compromisos.

Puesta en común

Si la meditación del Evangelio se ha hecho de forma comunitaria, es el momento de compartir con los demás lo que se ha reflexionado.

Oración final

Se puede concluir este momento de acercamiento a la Palabra con una oración que viene del corazón o con la que se sugiere a continuación:

Señor Jesús, aquí estoy, me invitas a dejar mis redes y seguirte. Millones de personas necesitan escuchar tu palabra. Me invitas a ser un pescador de hombres con creatividad y entusiasmo, con iniciativa y riesgo, con coraje y audacia.

Reconozco que no siempre he tenido la voluntad de dejar lo que es un obstáculo para seguirte con total disponibilidad. Sin embargo, te estoy infinitamente agradecido por tu llamada. Deseo conocerte cada vez más, para que tu criterio ilumine y guíe mis pensamientos, intenciones y acciones.

Dame la pasión que necesito para darte a conocer a todas las personas con las que estoy en contacto cada día. Sólo deseo que los demás, cuando me miren o me escuchen, puedan descubrirte, Jesús, pescador incansable de hombres. Amén.

3.3. *¿Rezar con la Palabra de Dios?*

«¡Señor, enséñanos a orar!» (cfr. Lc 11,1). Hoy más que nunca, el deseo de aprender a rezar se siente en el corazón de los creyentes. Los grandes maestros de la espiritualidad oriental y occidental, a lo largo de los siglos, han identificado métodos y sugerido consejos, definiendo técnicas más o menos eficaces para aprender el arte de la oración.

En los últimos años se ha producido un crecimiento exponencial del número de escuelas de oración en el ámbito pastoral, como propuesta educativa eficaz para el desarrollo humano y espiritual de las comunidades cristianas, destacando en esta perspectiva el ardiente deseo del corazón humano que advierte la necesidad de encontrar el corazón de Dios a través de la oración. Hay que preguntarse, por tanto, cuál es la forma más adecuada para llevar a cabo la tarea de una buena oración.

El sustantivo “*precarius*” (pobre, precario) del que deriva el verbo “*rezar*” predispone nuestras sensibilidades a la comprensión de un elemento esencial del que partir, es decir, la pobreza de la naturaleza humana. La oración nace del deseo de satisfacer una necesidad que no se tiene y que sólo se puede obtener pidiéndola.

La apelación de los discípulos sobre la importancia de aprender a orar se traduce, en este sentido, en la necesidad de cada hombre de tender un puente con Dios permitiéndole entrar en su propio corazón. Él, invisible y aparentemente silencioso, se manifiesta en el diálogo que se abre en el corazón del hombre (“*cor ad cor loquitur*”). Un diálogo que en tantas ocasiones de “oración piadosa” corre el riesgo de convertirse en un monólogo en el que el hombre da rienda suelta a sus más variados deseos, relegando al interlocutor divino a la condición de quien se ve obligado a escuchar en silencio. El eco de nuestro ego que escuchamos en nuestras invocaciones es el signo claro del silencio divino.

El camino para volver a caminar precedidos y acompañados por el actuar de Dios es el de escuchar su *Palabra*. Cuando se nos pregunta si es posible orar con la *Palabra de Dios*, respondemos con extrema claridad: es la fuente de la oración. El primer lugar lo ocupa el hablar de Dios, seguido del escuchar del hombre, ya que “de la escucha del mensaje nace la fe” (cfr. *Rom* 10,17).

Una historia de origen judío ayuda a arrojar luz sobre la importancia de la Palabra en el ámbito de la oración. Un anciano rabino, maestro de oración, el rabino Shlomo, fue interrogado por uno de sus discípulos: “Maestro, ¿por qué Dios no ha atendido mis peticiones? Hablé con él durante mucho tiempo y durante horas insistí en mis necesidades”. El rabino no tardó en responder: “Porque no le dejaste hablar”. Un breve relato que destaca, sin embargo, la condición real que predispone al creyente a alcanzar la eficacia en la oración.

La *Palabra de Dios* representa el comienzo de la historia de la salvación que Él hace con nosotros e ilumina los pasos de la vida humana. Aprender a orar con la Palabra divina significa sumergirse profundamente en el misterio de Dios, que ilumina y revela el misterio del hombre. Seguir las huellas divinas que descubrimos en su *Palabra acogida, meditada y saboreada* en el

espacio de la oración personal, introduce nuestro vivir en la dinámica sapiencial del caminar orientados por una presencia consoladora que revela lo bueno y lo bello de la vida creyente.

Es asombroso reflexionar sobre la metodología de la “*llamada*” de Jesús de la que el Evangelio se hace eco en muchos pasajes. Lo extraordinario se capta en la esencialidad de la dinámica relacional que se establece entre el Maestro y sus interlocutores. Paradigmático es el episodio de Zaqueo. El efecto de la conversión se realiza en el gesto simple, esencial y extraordinariamente profundo de pronunciar su nombre. Un hombre con mil etiquetas viene llamado por Dios por su verdadero nombre. Esto se transforma en una celebración de la salvación.

La oración es esencialmente un deseo de sentirse amado, recordado, pronunciado por Dios. La lectura de los textos sagrados sugiere en el corazón del hombre las palabras que se convierten en respuesta a la llamada divina. Es en esta dimensión orante que podríamos interpretar el episodio de la visita de Jesús a la casa de Betania. Las dos hermanas de Lázaro, Marta y María, reflejan dos actitudes paradigmáticas para la vida espiritual. La primera, afanada por los mil servicios, prepara su corazón para acoger al Divino Maestro con la certeza incipiente de quien trata de hacer espacio a Dios con el corazón ya ocupado; la segunda, es el prototipo del creyente que se deja envolver y acoger por el misterio divino, descubriendo en él la fisonomía de su ser. “*La parte mejor*” se convierte así en la condición necesaria para vivir una oración de diálogo eficaz entre el hombre y Dios.

La Palabra suscita también el deseo de orar por los otros que comparten nuestra condición humana. Esta tarea se mide directamente por el progreso personal en el camino de la fe, porque “un ciego no puede guiar a otro ciego” (cfr. *Lc 6,42*). Un ejemplo significativo que encontramos en la Biblia es el libro de los Salmos. Es un libro de oraciones en el que las palabras humanas, inspiradas por el Espíritu Santo, se convierten en *Palabra de Dios*. Es posible orar con la *Palabra* y también es posible que la *Palabra* se convierta en oración a través de la pobreza de nuestro corazón enriquecido por la presencia de Dios. La oración de la *Palabra* y la *Palabra* orada crean las condiciones necesarias en las que podemos captar y sentir la presencia real de Dios.

La Iglesia que *proclama, custodia y transmite* la *Palabra divina* debe ser considerada como la escuela de oración donde se puede aprender a orar. En ella es necesaria la presencia de válidos maestros de oración que ayuden a mostrar la vía de un camino de aprendizaje progresivo del arte de saber orar que encuentra en la *Palabra de Dios* la principal referencia y fuente de la que extraer el agua pura y cristalina de la Sabiduría divina. Pero para que todo esto se realice es necesario orar, y orar bien, no con las palabras, ¡sino con la *Palabra*!

Propuesta de oración personal

- Invoca al Espíritu Santo... *Veni Sancte Spiritus...*
- Crear el ambiente adecuado para mantener la concentración: evitar los lugares ruidosos, los espacios demasiado grandes. La propia habitación es una buena sugerencia.
- Encontrar un pasaje específico de la Sagrada Escritura sobre el cual rezar.
- Darse cuenta de estar en presencia de la *Palabra Viva*.

- Es necesario leer el pasaje elegido con atención, ya sea en voz baja o en voz alta, sabiendo que no se está frente a un periódico.
- Después de haber leído, resaltar las palabras de mayor interés.
- Reflexionar sobre las palabras resaltadas. ¿Qué significan? ¿Qué sugieren a la vida? ¿A quién va dirigida esta frase?
- ¿Qué tiene que ver la *Palabra* escuchada con la vida personal, en la condición en la que me encuentro?
- Pensar en hacer preguntas, peticiones a Dios, sin olvidarse de involucrar a los demás.
- Reflexionar sobre lo que Dios desea de mí.
- Orar con la *Palabra*: dejar que la vida sea penetrada por la *Palabra* escuchada.
- Dar gracias a Dios y concluir con este agradecimiento el momento de oración personal.

4. Apéndice: Iglesia y Palabra de Dios

 “Una estima por la Sagrada Escritura, un amor vivo y suave por la Palabra de Dios escrita es la herencia” que los Santos Padres y los Papas han dejado a la Iglesia a través de su vida y sus obras. Algunos de ellos han consagrado su “existencia a hacer que las palabras divinas fueran cada vez más accesibles a los demás”, como ha hecho San Jerónimo. Dejémosnos guiar por sus enseñanzas para enamorarnos cada vez más de la “carne de la Escritura” que es Cristo (cfr. *Scripture Sacrae affectus*).

4.1. *La Voz de los Padres de la Iglesia*

La celebración del *Domingo de la Palabra de Dios* de este año da voz a San Jerónimo, Padre y Doctor de la Iglesia, cuyo XVI centenario de su muerte recordó el Papa Francisco con la Carta Apostólica *Scripturae Sacrae affectus*, promulgada el 30 de septiembre de 2020.

Comentario exegético a Mc 1,14-20

Al comentar el Evangelio de este Domingo, San Jerónimo se centra en dos aspectos: después del arresto de Juan el Bautista, Jesús, en lugar de ir a Jerusalén, centro del poder político y religioso, va a la región de Galilea, una periferia, y desde allí anuncia la *buena noticia* del Reino de Dios.

«Después que Juan fue entregado, marchó Jesús a Galilea» (*Mc 1,14*).

La historia es conocida y clara para los oyentes, prescindiendo de nuestra explicación. Pero pidamos a aquél, que tiene la llave de David, que abre y nadie puede cerrar, que cierra y nadie puede abrir (*Ap 3,7*), que nos abra los santuarios del Evangelio, y que también nosotros con David podamos decir: «Abre mis ojos para que contemple las maravillas de tu ley». (*Sal 118,18*). A las turbas hablaba el Señor en parábolas y les hablaba desde fuera, no interiormente, es decir, no en el espíritu; desde fuera, según la letra. Pidamos nosotros, sin embargo, al Señor que nos introduzca en sus misterios, que nos introduzca en su aposento, para que como la esposa del Cantar de los Cantares podamos decir: «El rey me ha introducido en sus aposentos» (*Ct 1, 3*). El apóstol dice que sobre los ojos de Moisés se ponía un velo (*2Cor 3, 13*). Y yo os digo que no sólo en la ley hay un velo, sino que también en el Evangelio lo hay para el que no sabe. El judío oye, pero no entiende; un velo está puesto para él en el Evangelio. Los gentiles oyen, los herejes oyen y tienen, no obstante, un velo. Abandonemos, por tanto, la letra con los judíos y sigamos el espíritu con Jesús. No se trata de que rechacemos la letra del Evangelio – pues se ha cumplido todo cuanto está escrito –, sino de que, paso a paso, vayamos ascendiendo hacia cosas más elevadas. «Después que Juan fue entregado, marchó Jesús a Galilea». El domingo pasado decíamos en nuestra explicación que Juan se identifica con la ley y Jesús con el Evangelio. Juan, en efecto, dice: «Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo y no soy digno de desatarle, inclinándome, la correa de sus sandalias». Y en otro lugar: «Es preciso que él crezca y que yo disminuya» (*Jn 3, 30*). Aquí establece una comparación entre la ley y el Evangelio. Y dice también: «Yo os bautizo con agua», esto es la ley, «pero él os bautizará con Espíritu Santo» (*Mc 1, 8*): esto es el Evangelio. Vino, por ello, Jesús, porque Juan había sido encarcelado. La ley ha sido encarcelada y ya no goza de su antigua libertad, pero de la ley hemos pasado al Evangelio. Fijaos bien en lo que dice: «Después que Juan fue entregado, marchó Jesús a Galilea». No a Judea, ni a Jerusalén, sino a la Galilea de los gentiles. «Marchó Jesús a Galilea». Galilea significa en nuestra lengua *Katakyliste* (llanura

circular). Pues antes de la venida del Salvador no había allí nada elevado, antes bien todo lo que arrastra hacia abajo: pululaban allí la lujuria, la suciedad, la impureza y los vicios inmundos.

«Predicando el Evangelio del reino de Dios» (*Mc 1,14*).

En cuanto puedo recordar, del reino de los Cielos no he oído hablar nunca, leyendo la ley, leyendo los profetas o leyendo el salterio, sino sólo en el Evangelio. El reino de Dios ha quedado abierto sólo después de que haya venido aquel que dijo: «El reino de Dios está dentro de vosotros» (*Lc 17,21*). Jesús viene, por tanto, «predicando el Evangelio del reino de Dios». «Desde los días de Juan el Bautista, el reino de los cielos sufre violencia y los violentos lo arrebatan» (*Mt 11,12*): Antes de la venida del Salvador y de la luz del Evangelio, antes de que Cristo, acompañando al buen ladrón, abriese la puerta del paraíso, todas las almas de los santos eran conducidas a los infiernos. Como dice Jacob: «Llorando y gimiendo bajaré a los infiernos» (*Gen 37,35*). Si Abraham fue a los infiernos, ¿quién no irá allí? (*Lc 16,22*). En la ley, Abraham va a los infiernos, en el Evangelio, el ladrón va al paraíso. No desdeñamos a Abraham, en cuyo seno deseamos todos descansar, pero preferimos Cristo a Abraham, preferimos el Evangelio a la ley. Leemos que después de la resurrección de Cristo muchos santos se aparecieron en la ciudad santa. Nuestro Señor y Salvador predicó no sólo en la tierra, sino también en los infiernos. Por esto murió y por esto descendió a los infiernos, para liberar las almas que allí habían sido encarceladas. Predicando el Evangelio del reino de los Cielos y diciendo: se ha cumplido el tiempo de la ley, llega el comienzo del Evangelio, el reino de Dios está cerca (*Mc 1,14-15*). No dijo: ya está presente el reino de Dios, sino el reino de Dios está cerca. Antes de que yo padezca y derrame mi sangre, no será inaugurado el reino de Dios. Por tanto, está cerca. Porque yo aún no he padecido. «Convertíos y creed en el Evangelio» (*Mc 1,15*): no en la ley, sino en el Evangelio; mejor aún: por la ley en el Evangelio, tal como está escrito: «de fe en fe» (*Rm 1,17*). La fe en la ley corroboró la fe en el Evangelio.

San Jerónimo, *Comentario al Evangelio según San Marcos*, 1-2

La Palabra de Dios en la educación de los hijos

San Jerónimo ofrece algunos consejos a Leta, una noble romana, para la educación de su hija Paola. La exhorta a enseñar a su hija a valorar, conocer y rezar con la Sagrada Escritura.

“En vez de las joyas y la seda, ame los códices divinos, y en ellos disfrute no de las miniaturas en oro y piel de Babilonia, sino de la fidelidad del texto y la sabia puntuación. Aprenda primero el salterio y con eso se apartará de otros cánticos; y que en los Proverbios de Salomón aprenda para la vida. Con el Eclesiastés se acostumbrará a pisotear las cosas del mundo. De Job siga los ejemplos de fortaleza y de paciencia. Pase luego a los Evangelios, que no deberá dejar caer de sus manos.

De los Hechos de los Apóstoles y de las Cartas, beba con todo el afecto de su corazón”.

San Jerónimo, *Carta* 107,12

“Que la enseñe y la acostumbre con su ejemplo a levantarse por la noche para hacer oración y recitar salmos; por la mañana, a cantar himnos... Que el día transcurra de esa forma, y de esa forma la sorprenda la noche en medio del trabajo. A la oración siga la lectura [de los libros divinos]; a la lectura, la oración”

San Jerónimo, *Carta* 107,9

“Su lengua, aún tierna, se acostumbre a la dulzura de los salmos”.

San Jerónimo, *Carta* 107,4

4.2. *La Voz de los Papas*

Homilía del Domingo de la Palabra de Dios 2020

En la Basílica de San Pedro, comentando los textos de la liturgia de ese día, en el que se celebró por primera vez el *Domingo de la Palabra de Dios*, el Papa Francisco invita a todos a acoger siempre con amor el don de la *Palabra divina*, contenida en la Sagrada Escritura, en lo más profundo del corazón. Esta es la reflexión del Santo Padre.

«Jesús comenzó a predicar» (Mt 4,17). Así, el evangelista Mateo introdujo el ministerio de Jesús: Él, que es *la Palabra de Dios*, vino a hablarnos con sus palabras y con su vida. En este primer domingo de la Palabra de Dios vamos a los orígenes de su predicación, a las fuentes de la Palabra de vida. Hoy nos ayuda el Evangelio (Mt 4,12-23), que nos dice *cómo, dónde y a quién* Jesús comenzó a predicar.

1. *¿Cómo comenzó?* Con una frase muy simple: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos» (v. 17). Esta es la base de todos sus discursos: Nos dice que el reino de los cielos está cerca. *¿Qué significa?* Por reino de los cielos se entiende el reino de Dios, es decir su forma de reinar, de estar ante nosotros. Ahora, Jesús nos dice que el reino de los cielos *está cerca*, que Dios está cerca. Aquí está la novedad, el primer mensaje: Dios no está lejos, el que habita los cielos descendió a la tierra, se hizo hombre. Eliminó las barreras, canceló las distancias. No lo merecíamos: Él vino a nosotros, vino a nuestro encuentro. Y esta cercanía de Dios con su pueblo es una costumbre suya, desde el principio, incluso desde el Antiguo Testamento. Le dijo al pueblo: “Piensa: ¿Dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como yo lo estoy contigo?” (cfr. Dt 4,7). Y esta cercanía se hizo carne en Jesús.

Es un mensaje de alegría: Dios vino a visitarnos en persona, haciéndose hombre. No tomó nuestra condición humana por un sentido de responsabilidad, no, sino por amor. Por amor asumió nuestra humanidad, porque se asume lo que se ama. Y Dios asumió nuestra humanidad porque nos ama y libremente quiere darnos esa salvación que nosotros solos no podemos darnos. Él desea estar con nosotros, darnos la belleza de vivir, la paz del corazón, la alegría de ser perdonados y de sentirnos amados.

Entonces entendemos la invitación directa de Jesús: “Convertíos”, es decir, “cambia tu vida”. Cambia tu vida porque ha comenzado una nueva forma de vivir: ha terminado el tiempo de vivir para ti mismo; ha comenzado el tiempo de vivir con Dios y para Dios, con los demás y para los demás, con amor y por amor. Jesús también te repite hoy: “¡Ánimo, estoy cerca de ti, hazme espacio y tu vida cambiará!”. Jesús llama a la puerta. Es por eso que el Señor te da su Palabra, para que puedas aceptarla como la carta de amor que escribió para ti, para hacerte sentir que está a tu lado. Su Palabra nos consuela y nos anima. Al mismo tiempo,

provoca la conversión, nos sacude, nos libera de la parálisis del egoísmo. Porque su Palabra tiene este poder: cambia la vida, hace pasar de la oscuridad a la luz. Esta es la fuerza de su Palabra.

2. Si vemos *dónde* Jesús comenzó a predicar, descubrimos que comenzó precisamente en las regiones que entonces se consideraban “oscuras”. La primera lectura y el Evangelio, de hecho, nos hablan de aquellos que estaban «en tierra y sombras de muerte»: son los habitantes del «territorio de Zabulón y Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles» (Mt 4,15-16; cfr. Is 8,23-9,1). Galilea de los gentiles: la región donde Jesús inició a predicar se llamaba así porque estaba habitada por diferentes personas y era una verdadera mezcla de pueblos, idiomas y culturas. De hecho, estaba la vía del mar, que representaba una encrucijada. Allí vivían pescadores, comerciantes y extranjeros: ciertamente no era el lugar donde se encontraba la pureza religiosa del pueblo elegido. Sin embargo, Jesús comenzó desde allí: no desde el atrio del templo en Jerusalén, sino desde el lado opuesto del país, desde la Galilea de los gentiles, desde un lugar fronterizo. Comenzó desde una periferia.

De esto podemos sacar un mensaje: la Palabra que salva no va en busca de lugares preservados, esterilizados y seguros. Viene en nuestras complejidades, en nuestra oscuridad. Hoy, como entonces, Dios desea visitar aquellos lugares donde creemos que no llega. Cuántas veces preferimos cerrar la puerta, ocultando nuestras confusiones, nuestras opacidades y dobleces. Las sellamos dentro de nosotros mientras vamos al Señor con algunas oraciones formales, teniendo cuidado de que su verdad no nos sacuda por dentro. Y esta es una hipocresía escondida. Pero Jesús —dice el Evangelio hoy— «recorría *toda* Galilea [...], proclamando el Evangelio del reino y curando toda enfermedad» (v. 23). Atravesó *toda* aquella región multifacética y compleja. Del mismo modo, no tiene miedo de explorar nuestros corazones, nuestros lugares más ásperos y difíciles. Él sabe que sólo su perdón nos cura, sólo su presencia nos transforma, sólo su Palabra nos renueva. A Él, que ha recorrido la vía del mar, abramos nuestros caminos más tortuosos —aquellos que tenemos dentro y que no deseamos ver, o escondemos—; dejemos que su Palabra entre en nosotros, que es «viva y eficaz, tajante [...] y juzga los deseos e intenciones del corazón» (Hb 4,12).

3. Finalmente, *¿a quién* comenzó Jesús a hablar? El Evangelio dice que «paseando junto al mar de Galilea vio a dos hermanos [...] que estaban echando la red en el mar, pues eran pescadores. Les dijo: “Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres”» (Mt 4,18-19). Los primeros destinatarios de la llamada fueron pescadores; no personas cuidadosamente seleccionadas en base a sus habilidades, ni hombres piadosos que estaban en el templo rezando, sino personas comunes y corrientes que trabajaban.

Evidenciamos lo que Jesús les dijo: *os haré pescadores de hombres*. Habla a los pescadores y usa un lenguaje comprensible para ellos. Los atrae a partir de su propia vida. Los llama donde están y como son, para involucrarlos en su misma

misión. «Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron» (v. 20). ¿Por qué *inmediatamente*? Sencillamente porque se sintieron atraídos. No fueron rápidos y dispuestos porque habían recibido una orden, sino porque habían sido atraídos por el amor. Los buenos compromisos no son suficientes para seguir a Jesús, sino que es necesario escuchar su llamada todos los días. Sólo Él, que nos conoce y nos ama hasta el final, nos hace salir al mar de la vida. Como lo hizo con aquellos discípulos que lo escucharon.

Por eso necesitamos su Palabra: en medio de tantas palabras diarias, necesitamos escuchar esa Palabra que no nos habla de cosas, sino que nos habla de vida.

Queridos hermanos y hermanas: Hagamos espacio dentro de nosotros a la Palabra de Dios. Leamos algún versículo de la Biblia cada día. Comencemos por el Evangelio; mantengámoslo abierto en casa, en la mesita de noche, llevémoslo en nuestro bolsillo o en el bolso, veámoslo en la pantalla del teléfono, dejemos que nos inspire diariamente. Descubriremos que Dios está cerca de nosotros, que ilumina nuestra oscuridad y que nos guía con amor a lo largo de nuestra vida.

Francisco, *Homilía*, 26 de enero de 2020

Pautas para realizar la Lectio Divina

Al concluir el Sínodo sobre la *Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*, el Papa Benedicto XVI publicó la Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini*. En ella explica cómo debería realizarse una *Lectio divina*, es decir, una “*lectura orante*” de las Sagradas Escrituras.

La *lectio divina* es verdaderamente «capaz de abrir al fiel no sólo el tesoro de la Palabra de Dios sino también de crear el encuentro con Cristo, Palabra divina y viviente». Quisiera recordar aquí brevemente cuáles son los pasos fundamentales: se comienza con la lectura (*lectio*) del texto, que suscita la cuestión sobre el conocimiento de su contenido auténtico: ¿*Qué dice el texto bíblico en sí mismo?* Sin este momento, se corre el riesgo de que el texto se convierta sólo en un pretexto para no salir nunca de nuestros pensamientos. Sigue después la meditación (*meditatio*) en la que la cuestión es: ¿*Qué nos dice el texto bíblico a nosotros?* Aquí, cada uno personalmente, pero también comunitariamente, debe dejarse interpelar y examinar, pues no se trata ya de considerar palabras pronunciadas en el pasado, sino en el presente. Se llega sucesivamente al momento de la oración (*oratio*), que supone la pregunta: ¿*Qué decimos nosotros al Señor como respuesta a su Palabra?* La oración como petición, intercesión, agradecimiento y alabanza es el primer modo con el que la Palabra nos cambia. Por último, la *lectio divina* concluye con la contemplación (*contemplatio*), durante la cual aceptamos como don de Dios su propia mirada al juzgar la realidad, y nos preguntamos: ¿*Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?* San Pablo, en la *Carta a los Romanos*, dice: «No os ajustéis a este mundo,

sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto» (12,2). En efecto, la contemplación tiende a crear en nosotros una visión sapiencial, según Dios, de la realidad y a formar en nosotros «la mente de Cristo» (1Co 2,16). La Palabra de Dios se presenta aquí como criterio de discernimiento, «es viva y eficaz, más tajante que la espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos. Juzga los deseos e intenciones del corazón» (Hb 4,12). Conviene recordar, además, que la *lectio divina* no termina su proceso hasta que no se llega a la acción (*actio*), que mueve la vida del creyente a convertirse en don para los demás por la caridad.

Encontramos sintetizadas y resumidas estas fases de manera sublime en la figura de la Madre de Dios. Modelo para todos los fieles de acogida dócil de la divina Palabra, Ella «conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2,19; cfr. 2,51). Sabía encontrar el lazo profundo que une en el gran designio de Dios acontecimientos, acciones y detalles aparentemente desunidos.

Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 87

La importancia de la oración en la lectura y en la interpretación de los textos bíblicos

San Juan Pablo II, en el discurso pronunciado durante la audiencia conmemorativa del centenario de la Encíclica “*Providentissimus Deus*” de León XIII y del cincuentenario de la Encíclica “*Divino afflante Spiritu*” de Pío XII, subrayó la importancia de la *oración* en la *lectura* y en la *interpretación* de los textos bíblicos.

Para respetar la coherencia de la fe de la Iglesia y de la inspiración de la Escritura, la exégesis católica debe estar atenta a no limitarse a los aspectos humanos de los textos bíblicos. Es necesario, sobre todo, ayudar al pueblo cristiano a captar más nítidamente la palabra de Dios en estos textos, de forma que los reciba mejor, para vivir plenamente en comunión con Dios.

Para ello es preciso, desde luego, que el exegeta mismo capte la palabra de Dios en los textos, lo cual sólo es posible si su trabajo intelectual está sostenido por un impulso de vida espiritual.

Si carece de este apoyo, la investigación exegética queda incompleta, pierde de vista su finalidad principal y se limita a tareas secundarias. Puede, incluso, transformarse en una especie de evasión. El estudio científico de los meros aspectos humanos de los textos puede hacer olvidar que la palabra de Dios invita a cada uno a salir de sí mismo para vivir en la fe y en la caridad.

La encíclica *Providentissimus Deus* recuerda, a este respecto, el carácter particular de los libros sagrados y la exigencia que de ello deriva para su interpretación: «Los libros sagrados – afirma – no pueden equipararse a los escritos ordinarios, sino que, al haber sido dictados por el mismo Espíritu Santo y tener un contenido

de suma importancia, misterioso y difícil en muchos aspectos, para comprenderlos y explicarlos, tenemos siempre necesidad de la venida del mismo Espíritu Santo, es decir, de su luz y su gracia, que es preciso pedir ciertamente con una oración humilde y conservar con una vida santa» (*Enchiridion Biblicum*, 89). Con una fórmula más breve, tomada de san Agustín, la *Divino Afflante Spiritu* expresa esa misma exigencia: «*Orent ut intellegant*» (*Enchiridion Biblicum*, 569).

Sí, para llegar a una interpretación plenamente válida de las palabras inspiradas por el Espíritu Santo, es necesario que el Espíritu Santo nos guíe; y para esto, es necesario orar, orar mucho, pedir en la oración la luz interior del Espíritu y aceptar dócilmente esta luz, pedir el amor, única realidad que nos hace capaces de comprender el lenguaje de Dios, que «es amor» (*1Jn* 4,8.16). Incluso durante el trabajo de interpretación, es imprescindible que nos mantengamos, lo más posible, en presencia de Dios.

Juan Pablo II, *Del Discurso sobre la interpretación de la Biblia en la Iglesia*, 23 de abril de 1993.

4.3. Catequesis y Palabra de Dios a la luz del nuevo Directorio

El 25 de junio de 2020 el *Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización* presentó el *Directorio para la Catequesis*, aprobado por el Papa Francisco el 23 de marzo, día en que la Iglesia celebra la memoria de Santo Toribio de Mogrovejo, fiel y apasionado heraldo del Evangelio en la América del Sur del siglo XVI.

Siguiendo los pasos de los anteriores Directorios catequéticos de 1971 y 1997, el nuevo documento tiene como objetivo *apoyar y relanzar* la misión evangelizadora de toda la Iglesia y, en particular, *el servicio de la catequesis*, en relación con la sensibilidad y las circunstancias actuales. De hecho, la tarea particular de la época que estamos viviendo, como recuerda la exhortación *Evangelii gaudium* del Santo Padre, es trabajar en todos los campos de la estructura eclesial una valiente “conversión misionera”, que haga de todo “un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual” (EG 27).

Entre la Iglesia, que “existe para evangelizar” (EN 14), y la *Palabra de Dios*, que es el corazón profundo de la evangelización, *hay un vínculo de necesidad vital y apremiante* (DC 283-289), un vínculo que atraviesa todo el *Directorio* y es como su alma más íntima. A la luz de este binomio, es posible releer todo el documento.

Partiendo del diseño providencial de Dios, que revela a los hombres su misterio de amor, el *Directorio* afirma: “El Espíritu Santo continúa fecundando a la Iglesia que vive de la Palabra de Dios y la hace crecer siempre en la comprensión del Evangelio, enviándola y sosteniéndola en la obra evangelizadora el mundo. El mismo Espíritu, desde el interior de la humanidad, siembra la semilla de la Palabra; despierta el deseo de obrar bien; prepara la recepción del Evangelio y concede la fe, para que, a través del testimonio de la Iglesia, las personas puedan reconocer la presencia y la comunicación amorosa de Dios”. La Iglesia, que tiene la alegría de custodiar y transmitir la Palabra de vida recibida como un don, lo hace a través de la Tradición y la Sagrada Escritura (DC 23-30).

No cabe duda de que, entre los muchos “*modos*” a través de los cuales se realiza el “*servicio de la Palabra*” – es decir “el primer anuncio; las distintas maneras de hacer catequesis; la homilía y la predicación; la lectura orante, también en la forma de lectio divina; la piedad popular; el apostolado bíblico; la enseñanza de la teología; la enseñanza escolar de la religión; estudios y encuentros que relacionan la Palabra de Dios y la cultura contemporánea incluso en un espacio interreligioso e intercultural” – *la catequesis ocupa un espacio de vital importancia*.

En el corazón del verbo griego “*katechein*”, del que deriva la palabra “catequesis”, se puede reconocer la referencia esencial a la Palabra de Dios que *resuena* en la Iglesia y en el corazón de los hombres, como el *eco* actual de un anuncio de Vida que ya ha vencido a la muerte para siempre. Se podría afirmar con certeza que cualquier tipo de catequesis – que sea un *primer anuncio del Evangelio* o un *itinerario de iniciación cristiana* o un *camino de formación permanente*; que se dirija a niños y adolescentes, o bien a jóvenes y adultos – es siempre un anuncio de la Palabra de Dios, que revela la fuerza del amor misericordioso de Dios.

Recordando las indicaciones ya expresadas en *Evangelii gaudium*, todo esto se indica en el nuevo *Directorio para la catequesis* bajo el nombre de “*catequesis kerygmática*”: una catequesis que, naciendo de la Palabra y basándose en ella, desea esencialmente manifestar el *kerygma*, el “fuego del Espíritu” que hace creer en Jesucristo y comunica la misericordia del Padre (DC 57-60).

Es a partir de esta consideración que la comunidad cristiana debe verificar hasta qué punto su acción catequética es capaz de perseguir concretamente el objetivo de poner a sus hijos en contacto existencial con el núcleo de la fe, contenido en la Sagrada Escritura y celebrado en los Sacramentos. De hecho, en el tiempo de la nueva evangelización, la catequesis está llamada a valorizar con mayor audacia la fuerza de la Palabra, poniendo a disposición de cada creyente el precioso tesoro de la Escritura, que le permite encontrarse y permanecer en comunión con el Señor de la vida.

De hecho, en el tiempo de la nueva evangelización, *la catequesis está llamada a valorizar más audazmente la fuerza de la Palabra*, haciendo que el precioso tesoro de la Escritura esté a disposición de todos los fieles, lo que hace posible el encuentro y la comunión con el Señor de la vida.

Tal vez sea precisamente la sencillez de esta consideración la que, por así decirlo, lleva a *aligerar la catequesis de lo que la ha sobrecargado a lo largo del tiempo*, reduciéndola no pocas veces a una mera “enseñanza de la fe” desvinculada de una experiencia viva de esta, o a una “exposición moralista” alejada del encuentro con el Señor, que por el contrario libera y renueva interiormente el corazón del hombre. El Papa Francisco ilustra este peligro con estas palabras: “A veces, escuchando un lenguaje completamente ortodoxo, lo que los fieles reciben, debido al lenguaje que ellos utilizan y comprenden, es algo que no responde al verdadero Evangelio de Jesucristo. Con la santa intención de comunicarles la verdad sobre Dios y sobre el ser humano, en algunas ocasiones les damos un falso dios o un ideal humano que no es verdaderamente cristiano. De ese modo, somos fieles a una formulación, pero no entregamos la substancia” (EG 41).

Para que la propuesta catequética sea un auténtico servicio al Evangelio, el *Directorio* identifica algunos “*criterios para el anuncio del mensaje evangélico*” que permiten que la catequesis se mantenga firmemente inspirada en la pedagogía de Dios narrada en las Sagradas Escrituras.

- *Criterio trinitario y cristológico*: se debe destacar siempre, en primer lugar, el carácter trinitario y cristocéntrico de la fe: “El anuncio del Evangelio es presentar a Cristo y todo lo demás en referencia a Él” (DC 168-170).
- *Criterio histórico-salvífico*: “La economía de la salvación tiene un carácter histórico, ya que se realiza en el tiempo. La Iglesia, al transmitir hoy el mensaje cristiano desde la viva conciencia que tiene de él, guarda constante memoria de los acontecimientos salvíficos del pasado, narrándolos de generación en generación” (DC 171-173).
- *Criterio de la primacía de la gracia y de la belleza*: la catequesis que se fundamenta en la Palabra de Dios será “una catequesis de gracia”, capaz de mostrar “la belleza del Evangelio que ha resonado en los labios de Jesús para todos” (DC 174-175).

- *Criterio de la eclesialidad*: “cuando la catequesis transmite el misterio de Cristo, en su mensaje resuena la fe de todo el pueblo de Dios a lo largo de la historia” (DC 176).

Manteniendo juntos estos criterios, *las diversas propuestas catequéticas*, adaptadas a las situaciones y a los interlocutores, *podrán mostrar que la Palabra es una fuerza viva*, que como espada de doble filo penetra en lo más íntimo del hombre (cfr. *Hb* 4,12) calentándolo (cfr. *Lc* 24,32) y como lámpara lo acompaña en su camino (cfr. *Sal* 119,105). Por lo tanto, es más urgente que nunca hacer todo lo posible para que *la catequesis se refiera a la Palabra de Dios como a su fuente esencial*. Las otras fuentes de la catequesis – el Magisterio, la liturgia, el testimonio de los santos y de los mártires, la teología, la cultura cristiana, la belleza – en realidad “todas derivan de la Palabra de Dios, de la cual son expresión” (DC 90-109).

El proceso de renovación de la catequesis no será posible si no se parte de una renovada voluntad por parte de la comunidad eclesial de situarse “escuchando religiosamente la palabra de Dios” (DV 1), siendo ella misma “llamada a ser la primera en redescubrir el Evangelio que anuncia: el nuevo anuncio del Evangelio exige a la Iglesia una escucha renovada del Evangelio, junto con sus interlocutores” (DC 59). A raíz de esta sugerencia, no es inútil reiterar que aquellos que en la comunidad son elegidos para ejercer activamente un servicio de anuncio del Evangelio – ministros ordenados, religiosos, laicos – sean los primeros a sentir que son invitados a alimentarse del pan cotidiano de la Palabra, para que el anuncio florezca naturalmente de la abundancia de sus corazones.

A propósito, el nuevo Directorio reconoce que *el “ministerio de la catequesis” es una forma particularmente significativa de servicio a la Palabra de Dios*, necesario para el crecimiento de la fe y la edificación de la Iglesia (DC 110-113). La presencia de numerosos catequistas en la pastoral ordinaria de la comunidad cristiana exige, por lo tanto, que se preste una atención adecuada a su *formación*. En la dimensión formativa perteneciente al ser del catequista (DC 139-142), se cuidará que crezca como “custodio de la memoria de Dios”, acompañándolo en su personal itinerario espiritual a la luz de la Palabra. No se descuidará la dimensión del conocimiento, que madura ante todo con la familiaridad y el estudio de la Sagrada Escritura (DC 143-144).

Queriendo finalmente identificar algunos trazos de método que ayuden a los evangelizadores a encontrar caminos para el anuncio de la Palabra en la realidad actual, el *Directorio* sugiere *la vía del lenguaje narrativo*: “La comunidad de la Iglesia también es cada vez más consciente de la identidad narrativa de la misma fe, así lo demuestra la Sagrada Escritura en los grandes relatos de los orígenes, los patriarcas, el pueblo elegido, en la historia de Jesús contada en los Evangelios y en las historias de los comienzos de la Iglesia.” (DC 207). En un clima cultural en el que las nuevas generaciones están expuestas casi exclusivamente a las narraciones propuestas por las redes sociales, la narración bíblica mediada por la catequesis – o mejor, una catequesis que hace de la narración su punto fuerte - permite construir “un lazo estrecho entre la historia de Jesús, la fe de la Iglesia y la vida de quienes la cuentan y escuchan” (DC 208).

El redescubrimiento de la dimensión bíblica de la catequesis está, después de todo, animado por el deseo de ayudar a los destinatarios individuales a encontrar en las páginas de la Sagrada Escritura a Aquel que es la Palabra viva, una roca en medio de las fatigas de la vida sobre la que construir una casa que permanezca firme.

4.4. El Logo



El *Logo del Domingo de la Palabra de Dios* se inspira en el pasaje evangélico de los discípulos de Emaús (cfr. *Lc 24,13-33*) y pone de relieve el tema de la relación entre los caminantes, expresado en miradas, gestos y palabras. Jesús aparece como el que “se acerca y camina con” la humanidad (*Lc 24,15*), “habitando entre nosotros” (*Jn 1,14*). En él “no hay judío y griego; esclavo y libre; hombre y mujer, porque todos somos uno en Cristo Jesús” (*Gal 3,28*).

Caminando entre los suyos, revitaliza sus pasos, señalando los horizontes de la evangelización, representados en el logo por la estrella: «Él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las tuyas, camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz» (*Jn 10,3-4*).

Sus palabras son una con las del pergamino que tiene en sus manos: «¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?» (*Ap 5,2*). Si los dos discípulos se pierden ante los misterios de la historia, inmediatamente se les tranquiliza: «Deja de llorar; pues ha vencido el león de la tribu de David, y es capaz de abrir el libro y sus siete sellos» (*Ap, 5,5*). «Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras» (*Lc 24,27*).

La familiaridad con la *Palabra de Dios* nace de la relación, de la búsqueda, en las páginas sagradas, del rostro de Dios. La Escritura no nos ofrece conceptos sino experiencias, no nos sumerge sólo en un texto, sino que nos abre también al encuentro con el Verbo de vida, decisivo «para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena» (*2Tim 3,16-17*).

Al fondo una gran luz: hay quienes ven sólo una al atardecer evocando *Lc 24,29*; a nosotros nos gusta recibir «el sol que nace de lo alto» (*Lc 1,78*) y que, en el Resucitado, anuncia el amanecer de una nueva misión destinada a todos los pueblos: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» (*Mc 16,15*).

Los Discípulos

«Dos de ellos estaban en camino» (Lc 24, 13). En los dos discípulos Lucas ve el rostro de todos los creyentes. La atención a la reciprocidad entre el hombre y la mujer, que atraviesa toda la narración lucana, ha llevado a algunos exegetas a ver en ella una pareja, identificando en el discípulo anónimo a la esposa de Cleofás.

La luz

Al ponerse el sol, otra luz calienta los corazones de los discípulos: la luz de la Palabra. En el gesto eucarístico encontrará su plenitud, haciendo completa la comunión con el Maestro: «Entonces se abrieron sus ojos y lo reconocieron» (Lc 24, 29).

Los pies

El Resucitado comparte los pasos del hombre y la fuerza de su Palabra, sabe dirigirlos en la dirección correcta porque «lámpara para mis pasos es tu Palabra, luz en mi camino» (Sal 119, 105). Por eso «partieron sin tardanza y volvieron a Jerusalén» (Lc 24, 33).



El Resucitado

Con discreción, Jesús se pone en nuestro camino, se «pone en medio», habitando nuestra historia, nuestras preguntas. Cuestiona y escucha a los que lo guardan en el silencio de sus corazones: «El mismo Jesús se acercó y caminó con ellos» (Lc 24, 15).

La estrella

Señalada por el Señor Resucitado, es el signo de la Evangelización: «contaron lo que había pasado y cómo lo habían reconocido al partir el pan». (Lc 24, 35).

El rollo

En el diálogo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento se revela el misterio de la salvación. «Comenzando con Moisés y todos los profetas, les explicó partiendo de las Escrituras lo que se refería a él» (Lc 24, 27).

El bastón

Esbelto e incierto, como todas las seguridades humanas, expresa la fragilidad de los discípulos que «estaban allí de pie con cara triste» (Lc 24, 17). El Resucitado les da fuerza con la Palabra que es «viva y eficaz y más aguda que cualquier espada de dos filos... que escudriña los sentimientos y pensamientos del corazón» (Heb 4, 12).

El Logo entrelaza dos líneas artístico-expresivas: la de la iconógrafa Sor Marie-Paul Farran y la del artista contemporáneo Giordano Redaelli.

Sor Marie-Paul Farran

Nace el 10 de noviembre de 1930 en El Cairo, Egipto. En 1955, después de una peregrinación a Tierra Santa, profundamente marcada por la experiencia vivida, entra en el Monasterio de las Benedictinas de Nuestra Señora del Calvario en Jerusalén en el Monte de los Olivos. En 1960, fr. Henry Corta, de los Hermanitos de Charles de Foucauld, instruye a las hermanas en la escritura de los iconos: no se limita a enseñar las habilidades técnicas, sino que profundiza el sentido de cada fase del trabajo, ilustrándola a través de las páginas de la Biblia y la experiencia de sus protagonistas. La “escuela” de fr. Corta cautiva tanto a la hermana Marie-Paul que la escritura de iconos se convierte en su misión. Le encantaba dar testimonio: «Escribir un icono me sumerge en Dios y cuando “escribo Dios” me siento tan profundamente inmersa en Él que vivo experiencias que son difíciles de expresar con palabras». Sor Marie-Paul ha escrito iconos hasta el 8 de mayo de 2019, día en que Dios la llevó a contemplar el resplandor de su rostro.

Giordano Redaelli

Después de una formación profesional en la Escuela Gráfica Salesiana de Milán, Giordano se especializa en gráfica publicitaria y artes visuales en la Escuela Superior de Arte del Castillo. Después de la experiencia como diseñador gráfico y director de arte de la revista semanal *Sorrisi e Canzoni Tv*, funda el estudio de diseño gráfico “Giordano Redaelli” en Milán y la empresa “Methodus” en Giussano, trabajando en los diferentes ámbitos de la comunicación. En el sector editorial ha colaborado con importantes editoriales. Para las Ediciones San Pablo ha diseñado varios volúmenes de arte, entre los que destacan el *Nuevo Evangelio de Arte* y el *Evangelionario de la Misericordia* para el Jubileo de la Misericordia. La experiencia adquirida en el sector gráfico le abre el camino para explorar en el arte contemporáneo: desde hace algunos años ha expuesto sus obras de arte en diversas exposiciones en las ciudades europeas más importantes.

Índice General

Introducción	1
1. La Palabra de Dios en Comunidad.....	3
1.1. Algunas consideraciones prácticas sobre el Covid-19	4
1.2. Rito de Entronización de la Palabra de Dios durante la Santa Misa	7
1.3. Vísperas del Domingo de la Palabra de Dios	10
1.4. Lectio Divina sobre Flp 2,12-18.....	17
2. La Palabra de Dios en Familia	24
2.1. Rito de acogida de la Palabra de Dios en Familia.....	25
2.2. Propuestas de formación sobre la Palabra de Dios para los jóvenes.....	28
2.3. La Palabra de Dios en tiempos de Covid-19	30
3. La Palabra de Dios en la oración personal	34
3.1. Leer el Evangelio con el Beato Antonio Chérvie.....	35
3.2. Meditar el Evangelio del Domingo III del tiempo ordinario.....	38
3.3. ¿Rezar con la Palabra de Dios?	42
4. Apéndice: Iglesia y Palabra de Dios	45
4.1. La Voz de los Padres de la Iglesia.....	46
4.2. La Voz de los Papas	49
4.3. Catequesis y Palabra de Dios a la luz del nuevo Directorio.....	54
4.4. El Logo	58
Índice General	61